UNIVERSITY OF ARIZONA
39001012494558

Digitized by the Internet Archive
in 2024

https://archive.org/details/elelin0000rica

ELELÍN

DRAMA EN TRES ACTOS

Y EN VERSO

POR

RICARDO ROJAS

BUENOS AIRES

LIBRERIA Y EDITORIAL "LA FACULTAD"
DE JUAN ROLDÁN & CÍA.
FLORIDA 359

1929

A

Hijo D. Barbagelata

recuerdo del autor

Ricardo Rojas

ELELÍN

1346

ELELÍN

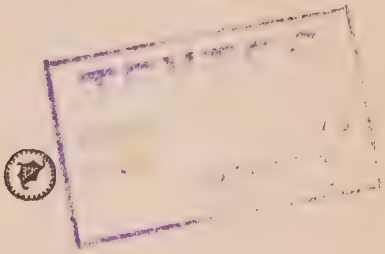
DRAMA EN TRES ACTOS

Y EN VERSO

POR

RICARDO ROJAS

PQ
7



BUENOS AIRES

LIBRERIA Y EDITORIAL "LA FACULTAD"
DE JUAN ROLDÁN & CÍA.
FLORIDA 359

1929

Es propiedad del autor. — Queda
hecho el depósito que marca la Ley.

A LA ARGENTINA DE HOY
Y A LA ESPAÑA DE SIEMPRE
DEDICO ESTE DRAMA QUE EVOCA EN
UN EPISODIO DE DOLOR Y ESPERANZA
LA EPOPEYA DE NUESTROS ORIGENES.

Obra estrenada por la Compañía
Rivera - De Rosas, en el teatro
Ateneo de Buenos Aires,
el 28 de Mayo de 1929.

PRÓLOGO

Si el teatro argentino comenzó con el SIRIPO *de Labardén, tragedia en verso inspirada en un episodio de la conquista, puedo afirmar que este drama mío intitulado* ELELÍN, *viene a inscribirse modestamente en la más antigua tradición de nuestra escena.*

El ejemplo labardeniano, que data del siglo XVIII, fué, bajo los auspicios de Rivadavia, renovado por Varela, con sus tragedias de argumento clásico, y por Belgrano, con un drama en verso sobre la entrada de los conquistadores en el imperio incaico.

La noble vocación de tales orígenes, como tendencia en favor del teatro poético y de las más elevadas formas de la dramaturgia universal, mantúvose, durante el siglo XIX, con los dramas en verso de Mármol, de Cuenca, de Ortega, de Coronado y de otros autores, a quienes recuerdo como índices de aquella persistente afición.

Cierto es que el teatro argentino debe principalmente su vigor popular y sus tintes regionales a las especies cómicas en prosa; pero una vez conseguido

el arraigo del género dramático, debemos buscar la ampliación de sus temas, el afinamiento de sus formas, la trascendencia de sus ideas.

Los atributos de color local logrados en los temas gauchescos y arrabaleros o en la mimodia de tipos cosmopolitas y de ambiente burgués, mediante el remedo mecánico de sus hablas y de sus gestos, no bastan para darnos una representación integral de la vida argentina, y mucho menos de la vida humana en sus aspectos más universales.

El teatro no es sólo recreación: es también creación; por eso no agota sus posibilidades en la simple copia del modelo exterior, que es de suyo limitado y estático, sino que busca su inspiración inmediata en las fuentes dinámicas de la vida, interpretando directamente los caracteres, las pasiones, los ideales, hasta darnos, en símbolos concretos y animados, una revelación del destino.

Nuestro teatro nacional, tan fértil en su democrático realismo, corre peligro de esterilizarse si se reduce a la circundante realidad, porque la verdadera vida del individuo y de la patria, dilátase, en la especie, más allá de sus apariencias actuales.

Trascender dichas apariencias, en el tiempo mediante la evocación histórica, en el espacio mediante la extensión geográfica, en el espíritu mediante la intuición poética, es enriquecer el repertorio de los temas, el acervo de las imágenes y el contenido psicológico de la ficción escénica que así alcanza una mayor universalidad.

Cuando digo "mediante la evocación histórica", no me refiero al teatro histórico entendido como teatralización didáctica de una crónica, sino a la creación artística que, al interpretar y representar la vida humana, puede igualmente hacerlo con temas del presente que con temas del pasado.

Con los temas del pasado, el espíritu creador puede obrar más libremente sobre la substancia espiritual de la vida, puesto que sus modelos pretéritos no existen ya, y al reaparecer ante los ojos del público moderno obedecen al poder casi mágico de la fantasía que los evoca, dando a un tiempo la ilusión de la verdad y la verdad de la ilusión, en un solo acto de emoción puramente poético.

Con los temas del presente ocurre que la presencia del modelo esclaviza la imaginación, inclinando al realismo sensual y a la observación crítica, actitudes propicias a la emoción cómica; y si bien es cierto que con temas actuales grandes dramaturgos como Ibsen en LOS ESPECTROS *y Strindberg en* PADRE, *han desentrañado la emoción patética que trasciende al tiempo en lo permanente de la vida humana, también es verdad que grandes dramaturgos como Hebbel en* JUDITH *y Wilde en* SALOMÉ, *han desentrañado de esos temas del pasado un dolor actual, apenas envuelto en los velos de la evocación legendaria.*

El riesgo del drama histórico reside ante todo en la historia misma, porque la minuciosa ciencia

del documento puede sacrificar al arte en su libertad de creación, y porque atentos más a la verdad didáctica de los episodios y a los propósitos pragmáticos que se atribuyan al diálogo, el poeta, el público y la crítica suelen fácilmente extraviarse.

Guiado por estos principios he compuesto mi drama ELELÍN, *documentándome, en cuanto a los lugares y a los personajes, no para dar una lección histórica o pedagógica mediante la escena, sino para componer un poema, con toda la libertad que requiere la creación poética, sin otro fin que la belleza, y atento a la única verdad del ambiente geográfico, social y psicológico en que el drama pudo haberse realizado, representando de frente la acción, sin eludir sus dificultades.*

La parte final de este volumen, contiene varias notas que documentan el origen y las etapas de esta creación dentro de mi obra literaria, y diría que de mi propia vida, atendiendo a los lugares y a los nombres que con este episodio histórico se relacionan.

En el primer acto, que presenta a los actores, que describe el ambiente y plantea el asunto, gravitan, como dos fuerzas antagónicas de una sola fatalidad, el paisaje real con su desamparo y el ensueño de ELELÍN, *el reino fabuloso que los conquistadores buscaban, mezclándose a todo ello, como otras tantas fuerzas físicas igualmente fatales, los instintos despertados por el hambre, por el amor, por la muerte.*

En el segundo acto, el paisaje queda relegado a ser el fondo tenebroso de la acción, cuando las pasiones humanas, desencadenadas por la muerte de Don Diego de Rojas, traen a primer plano el conflicto frenético de rivalidades militares y de celos eróticos, tramados en un nudo obscuramente fatídico.

En el tercer acto, las sombras acumuladas por el destino adverso que pesa sobre esta heroica aventura, van disipándose, como si una luz sobrehumana, venido de Dios mismo, atravesara los arcanos de la muerte y obrara, irresistible, en lo subconsciente de las almas, para conducir al esclarecimiento de la verdad y al castigo del crimen con que el drama se desenlaza.

Los personajes principales: Diego de Rojas, Felipe Gutiérrez, Francisco de Mendoza, Catalina de Enciso y el Padre Galán, hállanse presentados con el carácter que a cada uno de ellos permiten atribuirles las crónicas de la época; pero Rodrigo, que desempeña papel importante en la intriga, es personaje imaginado por el autor, aunque no tan arbitrariamente que no pueda aducir algunos documentos que lo justifican como personaje verosímil.

A través de la acción he procurado, pues, no apartarme de la verdad histórica en cuanto a los lugares y a los hechos esenciales, pero he querido descubrir, más bien, bajo las formas de una ficción

escénica, la verdad poética, consistente en las pasiones y los sueños que crearon la epopeya de nuestros orígenes.

El capítulo LA CONQUISTA, *de mi libro* EL PAÍS DE LA SELVA, *publicado en 1907, evocaba ya esa emoción épica que hoy reaparece en la teatralización del mismo heroico episodio, y un artículo mío titulado* CATALINA DE ENCISO, *publicado en 1920, señalaba en este episodio las posibilidades de un argumento teatral henchido de los "misterios" humanos y divinos que constituyen el fondo del teatro universal.*

Harto significativo es que el teatro griego, arquetipo del teatro occidental, naciera de los misterios religiosos, y que el teatro de la Europa moderna naciera de las representaciones cultuales de la Edad media: Esquilo teatralizando para el pueblo los mitos paganos y Calderón teatralizando para el pueblo los sacramentos cristianos, nos descubren esa zona común al teatro y a la religión.

Misterio laico de la vida humana en todos sus aspectos, eso es el teatro de nuestra época, al abarcar en sus representaciones todo lo que hay de tangible o de escondido en la vida del hombre, como individuo y como asociación.

De ahí que sea absurdo imponer al teatro normas de escuela, porque éstas comportan una limitación en los asuntos o en sus medios expresivos, y ya se trate de normas vanguardistas o de reglas

arcaicas, todas redundan en detrimento de la realidad viviente o de la libertad creadora.

Se habla mucho en nuestros días de la necesidad de renovar *el teatro, pero es lo cierto que su estructura técnica se halla definitivamente fijada; que los más audaces dramaturgos modernos, antes y después de Pirandello, no han introducido ningún recurso que no se halle en Shakespeare; y que la única renovación posible es la del talento, cuya fuerza inmanente crea, como la vida misma, dentro de formas específicas, fuera de las cuales la naturaleza solamente ofrece los fracasos del aborto y del monstruo.*

Lo visible y lo invisible de la vida, lo consciente y lo subconsciente, lo instintivo y lo racional, lo cómico y lo trágico, lo real y lo fantástico, lo clásico y lo romántico, lo anormal y lo cotidiano, lo contemporáneo y lo histórico, lo vernáculo y lo exótico, lo individual y lo nacional — todos los valores biológicos, económicos, políticos, éticos, lógicos, estéticos y religiosos del destino humano — entran en los dominios del arte escénico, y cada tema requiere una forma de expresión y un estilo que le es propio, por donde la gama técnica llega a ser tan múltiple como la gama espiritual.

En el caso de ELELÍN *he compuesto la obra en tres actos y en verso octosilábico, porque la concepción del argumento requirió esas formas, y habría falseado la unidad orgánica de la pieza escri-*

biendo deliberadamente un acto de más o de menos, como habría falseado la justa expresión de los caracteres reales y los sentimientos de la época evocada, si hubiese adoptado el endecasílabo o el alejandrino o cualesquiera de los versos modernos.

Por análoga necesidad de cada asunto he escrito otras piezas dramáticas que conservo inéditas, dividiéndolas de otro modo en sus partes, y en prosa, o en verso libre o en variedad de metros, dando así a la vida de las almas su resonancia genuina en los ritmos del diálogo, y emplazando la acción en perspectivas realistas o fantásticas, según el argumento me lo imponía en cada caso.

Al adoptar, pues, el octosílabo en ELELÍN, *no lo hice por elección voluntaria sino por imperiosa exigencia del argumento; aunque, tratándose de una pieza en que hablan españoles del siglo XVI, dicho metro podía acarrear reminiscencias del siglo de oro, cuyos ecos resuenan todavía en la escena española.*

Ni las románticas tiradas de Echegaray, ni la pompa retórica de Calderón, ni los ingeniosos discreteos de Lope, cabían en un drama argentino del siglo XX, y tal peligro fué evitado con solo advertir que la expedición de Don Diego de Rojas, realizada en 1542, fué anterior al pleno florecimiento dramático del siglo de oro, y que la hazaña evocada pertenece más bien al anterior ciclo épico del romanticero, cuya sobriedad es bien notoria.

Refiere Bernal Díaz del Castillo, cronista de Cortés, que algunos conquistadores recitaban fragmentos de los romances más populares, y esto me dió la nota de afinación, sugiriéndome la escena en que Rodrigo, al comenzar el drama, canturrea, mientras compone un yelmo roto, algunos versos sueltos de aquellos romances.

El octosílabo de la época fué, además, una vez trasplantado a América, el germen de la poesía vernácula argentina, ya en el canto oral de los payadores o ya en los romances de Rivarola y de Hidalgo, hasta penetrar en el teatro con ensayos como LA BATALLA DE MAIPÚ, *en 1818, y florecer, con el* MARTÍN FIERRO, *en el más difundido de nuestros poemas populares.*

En cuanto al tono y al vocabulario, he creído que debía, igualmente, evitar la exaltación del verso lírico, prefiriendo para el diálogo un verso de tono menor, y evitar el abuso de arcaísmos, procurando infundir en el lenguaje actual un dejo castizo y antiguo, pero sin alejarme demasiado del pueblo a quien la obra está destinada, pues si no he querido componer un cuadro vivo de historia para las escuelas, tampoco he querido contrahacer una restauración filológica para las academias.

Al confesar cuales fueron mis móviles y mis ideales cuando compuse ELELÍN, *bien lejos está de mi ánimo la creencia de que he logrado esos propósitos, y para comprobar mi juicio sobre mi propia*

labor dramática, nada mejor que referirme a la modestia con que durante tantos años he mantenido inéditas ésta y otras piezas del mismo género.

Ya en 1909, hace veinte años, se anunció al público mi OLLANTAY, *una tragedia de los incas, y luego escribí un drama sobre la época de la independencia y otro sobre una leyenda colonial: a la par de esas obras,* ELELÍN *yacía olvidada, cuando el actor Enrique de Rosas vino a sacarla de mis manos y se la llevó consigo a España, a mediados del año anterior, para adquirir allí los materiales que requería su representación.*

La crítica dirá si se equivocó el actor en su optimismo y si acertó el autor en sus propósitos; pero yo debo confesar desde ahora que me someto a la opinión del público, verdadero juez del teatro, y que si he escrito para él, es porque reconozco una gran fuerza en nuestro teatro nacional y porque le atribuyo una trascendental función de cultura.

RICARDO ROJAS.

ELELÍN

DRAMATIS PERSONÆ

DON DIEGO DE ROJAS, Gobernador y General de la Conquista.

FELIPE GUTIERREZ, Capitán.

CATALINA DE ENCISO, mujer de Felipe Gutiérrez.

FRANCISCO DE MENDOZA, albacea de Rojas.

RODRIGO.

EL PADRE GALAN.

EL ALFEREZ.

PABLO DE MONTEMAYOR, oficial.

JUAN, soldado.

CANAMICO, indio amigo.

Soldados e indios. Cabalgaduras, pendones, armas.

En el interior argentino, hacia la mitad del siglo XVI.

ACTO PRIMERO

UN campamento de la conquista, en la travesía del Tucumán al Río de La Plata. Llanura y bosques santiagueños, cerca de Salavina. Sólo se ve una parte del real: árboles a ambos lados, que dejan el paso libre; al fondo una palizada de ramas y tierra, con foso y más baja que un hombre, como para ver lo que ocurre al otro lado. A lo lejos se destaca la selva, en luminosas perspectivas, bajo el cielo azul. Es una calurosa tarde dorada. El real tiene puerta practicable y, casi en el centro de la escena, álzase un corpulento algarrobo. Hay armas, arneses, zurrones de vitualla.

ESCENA PRIMERA

DON FRANCISCO y RODRIGO

(*Al levantarse el telón, aparecen: Francisco de Mendoza recostado en el suelo, sobre su capa, bajo el algarrobo, con la mano izquierda vendada, y Rodrigo, su ayudante, sentado en un trozo de árbol, entre armas y arneses*).

RODRIGO

(Que está aderezando un yelmo roto, canturrea el fragmento de un viejo romance):

Ya se salen de Jaén,
Los trescientos fijosdalgos,
Mozos codiciosos de honra,
Pero más, enamorados...

(Da tres martillazos, marcando el ritmo, y luego dice, mirando la pieza, que levanta en sus manos):

Con este golpe final,
Rematé bien mi trabajo!

(Pausa breve).

Cuando esta noche Don Diego
Torne de correr el campo,
Al ver su yelmo, el primor
Admirará de mis manos.

(Se pone el casco, y descuelga del algarrobo una espada que pende entre una bota, una cantimplora de cuerno, un freno, y otros objetos militares. Al tomar la espada, con tono burlón).

Nadie la mueva
Que estar no pueda
Con Roldán a prueba...

(Vuelve a sentarse, para bruñir su espada. Don Francisco está adormecido por el sopor de la siesta. Canta en el árbol una cigarra. Todo el campo, allá lejos, parece arder en la luz dorada, que va tornánse rojiza al atardecer. Llegan del campo esos rumores que a tal hora acentúan la impresión de soledad y silencio. Mientras se da a su faena, Rodrigo, en voz baja, temiendo importunar a don Francisco, canturrea de nuevo).

Allí hablara el Rey Don Juan;
Bien oireis lo que decía:
Granada si tú quisieras,
Contigo me casaría.
Casada soy, Rey Don Juan,
Casada soy de por vida,
Y el moro que a mí me tiene,
Muy bien me defendería.

DON FRANCISCO

(Recordándose)

¿Qué cantas, buen Rodriguillo?

RODRIGO

Romances de nuestra España...

DON FRANCISCO

¿Para aliviar la faena?

RODRIGO

Para endulzar la nostalgia...

DON FRANCISCO

(Incorporándose más, con atención jovial).

¿Nostalgias?... Serán de amores...

RODRIGO

No, señor... ¡Juro por mi alma!

(Haciendo la señal de la cruz con los dedos y besándola).

Que ningún amor dejé
Cuando salí de mi patria...

DON FRANCISCO

(Más animado, con voz insinuante).

Eres mozo... Eras galán...
Y no fuese cosa extraña,
Si lo que allí no dejaste,
Por el camino lo hallaras...

(Don Francisco se pone de pie y se adelanta, acomodando su brazo en el cabestrillo).

RODRIGO

(También de pie).

¿Trae escondida intención
Lo que vuesa merced me habla?

DON FRANCISCO

Tal vez...

RODRIGO

(Burlón).

¿Acaso una ñusta
Del Perú, princesa clara,
Como aquella que eligió
Garcilaso, el de Granada?

DON FRANCISCO

O al menos una india de esas
Que en Capayán requebrabas.

RODRIGO

(Riendo).

¡Calle!... Reporte el humor
De las risas y las chanzas!
Buenas eran para holgar
Después de luenga jornada
Tales hembras... Y así dicen
Que en Calchaquí dejó fama
Vuesa merced...

DON FRANCISCO

¿Las desprecias?

RODRIGO

¡Sí!

DON FRANCISCO

(Con malicia).

Pues será una cristiana...
Quizá la bella española
Que por estos riscos vaga...

RODRIGO

(Sobresaltado).

Silencio, amigo, silencio!
Que tiene dueño esa dama.

DON FRANCISCO

Dueño tiene, pero amor
Ajenos fueros no acata.

RODRIGO

(Con desenfado).

Pues digo a Vuesa Merced,
Que si romances cantaba,
No fué por cuita de amores,
Sino por razón más alta...

(Pausa).

Pensando estaba, señor,
En aquella dulce patria,
De los blancos minaretes,
Y de las gárrulas zambras;

En las huertas de mi Vega,
Y en las torres de mi Alhambra,
Y en espumas del Genil,
Y en Sierra Elvira nevada,
Al ver estos campos yermos
Sin ciudades y sin aguas.

(Pausa).

Ya varios meses llevamos
De atravesar estas zarzas
Soñando el reino florido,
Que cruza un río de plata:
Los tesoros de Yungulo,
Las minas de Trapalanda,
Los palacios del Dorado,
Y aquella divina raza
De Césares y Amazonas,
Que tienen dulce morada
Más allá de las florestas ,
En el confín de las pampas:
Clara visión de Elelín
Que nuestro dolor no alcanza.

(Pausa).

Y al ver cómo va la hueste,
Magra, sedienta y diezmada,

Por esta tierra maldita
Que el sol del estío abrasa,
Llanura de árboles secos,
Poblada de fieras bravas,
Selva de indómitas gentes
Que el Paititi no comanda...
Perdone Vuesa Merced,
Si pensé, mientras cantaba,
Que hubiera sido mejor
Seguir los tercios de Italia,
Cuando nos sacó a las Indias
Con su pendón la esperanza...

DON FRANCISCO

(Con firmeza).

No desesperes, Rodrigo,
Que ya el Río de la Plata,
Está cerca, y llegaremos
A Elelín, tierra soñada,
Ciudad de pórticos de oro
Sobre pampas de esmeralda.

RODRIGO

Si llegáis, cuando lleguemos
A la florida comarca,
No seréis vos el Señor...

(Con gesto diabólico).

Otros son los que aquí mandan.

(Mira fijamente a D. Francisco).

De ellos será la fortuna,
Si medran en la jornada.

DON FRANCISCO

Don Diego es justo.

RODRIGO

¡Y leal!
Que no desmiente su raza.
Es caudillo generoso,
Pero si Don Diego falta,
Será Felipe Gutiérrez,
Su segundo, — mala entraña —
Quien ha de mandar a todos...
Y él... os odia...

DON FRANCISCO

¿Quién?... Aguarda...

RODRIGO

(Que se ha retirado a espiar en torno, acercándose de nuevo).

Don Francisco: estamos solos,
Como un día en Chicoana...

(Pausa).

Atan mi vida a la vuestra,
Lazos que anudó la infamia...

(Pausa).

¿Recordáis?

DON FRANCISCO

Harto me abruma
Aquel recuerdo...

RODRIGO

Pues...

DON FRANCISCO

¡Calla!

RODRIGO

(Confiado).

El real está desierto...
Salió la hueste a la algara...

(Se ve pasar tras el cerco, bajo los árboles, una mujer: Catalina de Enciso).

DON FRANCISCO

Ten prudencia, buen Rodrigo,
Que alguién tras los cercos anda.

(Ambos callan).

RODRIGO

¿Es la Enciso?

DON FRANCISCO

Es ella.

RODRIGO

¿Os vais?

DON FRANCISCO

Con ella os dejo...

(Se retira por la palizada, pero al llegar a la puerta del foro, encuéntrase con Catalina que va a entrar).

ESCENA SEGUNDA

CATALINA y DON FRANCISCO

(Mientras ambos personajes sostienen este breve diálogo en la puerta de la palizada, Rodrigo, disimuladamente, habrá reanudado, sentándose, la tarea de limpiar su espada).

DON FRANCISCO

(Al toparse con Catalina, le hace una reverencia).

¡Señora!

CATALINA

(Como si se detuviese al pasar).

Dios os guarde vida y alma.
¿Y esa mano?

DON FRANCISCO

Va mejor...
Casi está del todo sana.

CATALINA

Caerse tan buen caballero...

DON FRANCISCO

No os burléis con tanta saña:
Que bolearon mi caballo,
Y esa no es gentil usanza
De caballeros.

CATALINA

Verdad.
¿Un indio?

DON FRANCISCO

Sí.

CATALINA

¡Noramala!

DON FRANCISCO

Pero cuando estuve a pie
A otro indio le hundí mi lanza.

CATALINA

¿Y eso, Capitán, ha sido...?

DON FRANCISCO

Aquí, cerquita, en el abra
Del monte, donde tuvimos
Ayer la feroz batalla
Que hoy continúa...

CATALINA

La gente
De esta llanura es muy brava.

DON FRANCISCO

Por eso mismo lamento
No estar sano.

CATALINA

Fué desgracia
La vuestra, que mi Felipe
Deploró con toda el alma.

DON FRANCISCO

Gracias le doy... ¡Mas no importa!
Ya sano estaré mañana...

(Mueve el brazo y la mano, mostrando destreza en la muñeca).

Si Dios quiere...

CATALINA

Ha de quererlo.
Pues son de Dios nuestras armas.

(Se despiden con una reverencia, y mientras Don Francisco se pierde por el foro, Catalina avanza entrando en el real).

ESCENA TERCERA

CATALINA y RODRIGO

(La mujer del Capitán Gutiérrez ha entrado lentamente, y como distraída. Rodrigo finje gran contracción en su trabajo. Ambos se miran con disimulo. Mientras ella parece contemplar el campo, él murmura canturreando a media voz):

RODRIGO

Ríome del caballero
Y de su gran cobardía:
Tener la niña en el campo,
Y catarle cortesía!

(Fregado el puño y la hoja, blande la espada haciéndola brillar a la luz del sol).

CATALINA

(Se acerca y señalando la espada):

¿Cuya es Rodrigo?

RODRIGO

Señora:
Es mía, y por mía, vuestra.

CATALINA

(Irónica).

¿La has honrado en la palestra?

RODRIGO

(Fanfarrón).

Con mano batalladora.

(Blandiéndola).

¡Miradla!

CATALINA

Es hermosa espada.

RODRIGO

Desde la punta a la cruz,
Brilla con heroica luz,
Como Tizona o Colada.

CATALINA

(Con sorna).

Si es tuyo el brazo del Cid,
Y no el pecho de sus yernos,
Por ella lauros eternos
Tendrás, valiente adalid.

RODRIGO

(Con disimulo).

Quisiera esgrimir tan bien
En mi diestra las espadas,
Cual las mortales miradas
Que en ciertos ojos se ven...

CATALINA

(Fingiendo no entender).

Las armas tan sólo son
Esclavas del buen guerrero...
Y bien trabaja el acero,
Si bien manda el corazón.

RODRIGO

(Zalamero).

Catalina: justa fama

Tenéis de mujer hermosa,
Pero belleza ingeniosa,
Ya es perfección de una dama.

CATALINA

(Fastidiada).

De ingeniosa no hago alarde,
Y sin ambajes te digo,
Que me pareces, Rodrigo,
¡Sólo un rodrigón cobarde!
Don Diego aquí te dejó
Para qua a mí me guardaras,
Cuando él a las guazabaras
Con mi Felipe salió.
Y en lugar de tu deber,
Quieres hacer del galán,
Faltando a tu Capitán
Y burlando a una mujer.

RODRIGO

Señora: burla no ha sido.

(En actitud de arrodillarse para pedir perdón, y acercándose).

¡Fué desvarío de amor!

CATALINA

(Mirando en torno, sobresaltada, como si temiera ser vista).

Levántate, ¡por favor!

RODRIGO

Señora: perdón os pido.

(Se levanta).

CATALINA

Más valiera no faltar,
Para no implorar perdones,
Que no es de claros varones,
Ni el faltar, ni el implorar.

RODRIGO

Yo sé que a un hombre no humilla,
Ni afinojarse ante Dios,
Ni prosternarse ante vos,
Que sois la flor de Castilla.

CATALINA

(Con disimulada sonrisa).

¡Calla, ladrón!

(Recobrándose con sugerente y persuasiva bondad).

Y ahora escucha:
No te causa oprobio, dí,
Que estés hablándome así,
Frente a estos campos de lucha?

RODRIGO

(Con cinismo).

Grave pleito me movéis...
Pero es virtud de soldado,

Ser discreto enamorado,
Como muy bien lo sabéis.

CATALINA

(Abstraída, mirando el campo).

. . .Por los eriales que el fuego
Del sol, en hornos convierte,
Van desafiando a la muerte,
Los soldados de Don Diego. . .

RODRIGO

(Interrumpiéndola).

No ha sido mía la culpa
Si aquí en el castro quedé:
¡Orden de Don Diego fué!

CATALINA

¡Y piensas que eso es disculpa!

CATALINA

Disculpa o no, sólo arguyo
Que nunca hurté mi coraje. . .

CATALINA

Pero a la lucha, mal paje,
Le hurtas hoy el brazo tuyo;
Y ante ese cuadro de horror,
Para mayor felonía,
Juega aquí tu cobardía,
Con discreteos de amor.

RODRIGO

Buen soldado soy, señora,
Más no olvido, a vuestra vista,
Que única en esta conquista,
Vos sois la conquistadora...

CATALINA

Cuanto hablas, Rodrigo, es mengua
En boca de un caballero.

(Con ira, mirando a la espada).

Quisiera ese mismo acero
¡Para cortarte la lengua!

RODRIGO

(Ofreciendo su espada por la empuñadura, serenamente).

Aquí la tenéis.

CATALINA

(Recibiéndola, indignada).

¡Villano!

RODRIGO

Señora: fué cortesía...

(Más bajo).

Divina muerte sería
Morir bajo vuestra mano.

CATALINA

¿Qué podrá hacerte callar?
De escucharte estoy ya loca.

RODRIGO

(Acercándose, con voluptuosidad).

Un largo beso en la boca...
Que así... no se puede hablar...

(Pausa anhelosa, ambos contémplanse en silencio; Catalina, con soberbia indignación. Rodrigo, con voluptuosidad. Catalina tiene la espada en la mano temblorosa, como dispuesta a herir. Rodrigo, fatalista, estoico, parece entregar su pecho a la muerte).

CATALINA

Tú bien sabes — y ello es fama —
Que si yo vine hasta aquí,
Fué porque a un hombre seguí,
A quien amo y que me ama.

RODRIGO

(Con naturalidad).

¿Felipe Gutiérrez?

CATALINA

¡Nombre
Que manchas con esos labios!
Vé que no tolera agravios

La dignidad de aquel hombre!

(Pausa).

Todos, todos, a mi lado,
Han respetado mi amor,
Mirando por el honor
De tan insigne soldado.
Hasta el peón más agreste,
Y el pícaro más soez,
Salvaron en mi altivez
Lo que es ya honor de la hueste...
Sólo tú, Rodrigo, pones
En mí tus ojos, y afrentas
Con la liviandad que intentas
El sagrado de mis dones...

RODRIGO

¡Señora!

CATALINA

Ha tiempo me miras
Con asquerosos deseos;
Más, si antes callé mis feos,
Hoy te dan voces mis iras...

RODRIGO

(Afligido).

Señora...

CATALINA

Si yo avisara

A Don Diego tu traición,
Colgado como un pendón,
De infamia, aquí te dejara.
Y si avisara a mi dueño
La ofensa que en mí le hiciste
Sacárate el alma triste,
Con su puñal, torvo el ceño.
Pero callaré tu error
Por la paz de la mesnada;
Y ha de bastarme tu espada
Si vuelves a hablar de amor. . .

(Mira la espada).

Espada que hoy con mis manos
Podría hundir en tu pecho. . .

RODRIGO

(Abriendo los brazos y ofreciéndose a la muerte).

¡Matadme!

CATALINA

¡No! Que el despecho
Mueve tus labios villanos. . .

(Transición).

Salieron hoy de este real,
Por su caudillo mandados,
Los más resueltos soldados
A dar batalla campal.
Quedaron aquí siete hombres

A guardar la munición,
Y aunque sabes quienes son,
He de repetir sus nombres:
El altanero y valiente
Don Francisco de Mendoza,
Que hoy de su herida reposa;
Juan, ballestero excelente;
Dos peones del convoy
Y Canamico, indio amigo...

(Pausa).

El sexto eras tú, Rodrigo...

RODRIGO

(Perplejo).

¿Y el séptimo hombre?

CATALINA

(Con energía).

¡Yo soy!

(Pausa).

¡Yo! Más que tú no lo eres.
Y aquí estamos cara a cara.

(Amenaza herirle; luego se detiene y tira el arma. Transición).

¡Merecieras que te ahorcara
Un tribunal de mujeres!

(Con desprecio).

Si presa de ansias brutales
Andan tus carnes lascivas,
Ahí tienes indias cautivas
Para tus gulas carnales.

ESCENA CUARTA

DICHOS. DON FRANCISCO y JUAN

(Por la puerta del real que se abre al campo, asoman Don Francisco y el ballestero Juan, interrumpiendo la escena anterior, en que Catalina, soberbia, y Rodrigo, humillado, han quedado en silencio, frente a frente).

JUAN

(Dando voces desde la palizada).

Señora: vuelve la gente
De Pablo Montemayor.

RODRIGO

(A Catalina, como buscando su perdón).

Es la gente que ha dos días
En busca de agua salió.

CATALINA

(A Juan).

¿Y en dónde están?

DON FRANCISCO

Allá vienen
Por la senda, a pleno sol.

(Todos se agrupan en la puerta, espiando al campo, con la mano de visera, bajo el sol. Canamico y dos indios desnudos y silenciosos, se agregan al grupo).

DON FRANCISCO

(A Catalina).

¿Podéis verlos?

CATALINA

Sí los veo.

(Llegan voces del campo).

DON FRANCISCO

¿Oís sus gritos?

JUAN

Pregón
Hacen del agua que hallaron.

(Pausa. Luego, voces cercanas).

VOCES AFUERA

—¡Agua fresca!
—¡Agua de amor!
—¡Agua fresca!
—Agua bien clara
Para la gente de pro.
—Al agua. ¡Al agüita fresca,
Que vienen el buen aguador!

DON FRANCISCO

Contentos vienen.

RODRIGO

¡Qué alegres!

CATALINA

¡Milagro ha sido de Dios!

DON FRANCISCO

Con tanta fe la buscaron
Qué otro Moisés nos la dió...

RODRIGO

De los ocho que salieron,
Cada cual trae un zurrón
Bien repleto.

JUAN

¡Por fin llegan!
Voy a encontrarlos...

(Juan corre por la izquierda. Lo siguen Rodrigo, Canamico y los indios).

CATALINA

¡Qué horror!
Cubiertos de polvo vienen;
Sucio el rostro de sudor...

JUAN

Son cuatro indios, tres soldados
Y Pablo Montemayor;

Pablo es el que descabalga
De su alazán trotador.

(Se oye afuera, inmediato a la puerta de la palizada, rumor de cabalgadura, de cargas y algazara de saludos. Don Francisco y Catalina, con señorial tranquilidad, se vuelven a esperar a los recién venidos).

DON FRANCISCO

(Entrando).

¡Oh, que traen bastimentos!

CATALINA

(Consigo misma).

¡Milagro ha sido de Dios!

UNA VOZ

¡Al agua! ¡Al agüita fresca,
Que viene el buen aguador!

ESCENA QUINTA

DICHOS. PABLO DE MONTEMAYOR, INDIOS y SOLDADOS

MONTEMAYOR

(Se asoma en la puerta del real, con su estampa formidable de héroe y de bandido).

Ave María Purísima.

CATALINA

Sin pecado concebida.

DON FRANCISCO

(A Montemayor y a sus compañeros que llegan, buscando la sombra del algarrobo y el tronco de reposar. Todos beben).

Sed bienvenidos, hermanos.

CATALINA

(Dando agua en un chifle y un pañizuelo de enjugar el sudor).

Fatiga debéis tener.

MONTEMAYOR

¿Y Don Diego?

DON FRANCISCO

Está en campaña.

MONTEMAYOR

¿Y Gutiérrez?

DON FRANCISCO

Va con él.

MONTEMAYOR

¿Qué nuevas sabéis del campo?

DON FRANCISCO

Hubo combates ayer...
Me bolearon el caballo...
Y en el brazo, como véis,

(Mostrando y moviendo el brazo atado).

Me he golpeado... No es nada...
Clavé mi lanza a un infiel.

CATALINA

Desde hace días los indios,
No dejan de fatigarnos
Con su guerrilla cruel.

DON FRANCISCO

Pero a acabarlos, dispuesta,
Salió la tropa esta vez.
Y ahora, cuéntanos lo tuyo
Puesto que mucho tendréis
Que contar...

RODRIGO

¿Del largo viaje,
Qué traéis?

(Con hambre).

MONTEMAYOR

(Con sorna).

Agua bendita,
Para bautizar la sed...

RODRIGO

(Que se acerca con una alforja de las que los hombres han estado entrando al real, con los zurrones de agua).

Y algo más?

MONTEMAYOR

Algunos frutos
De la tierra.

CATALINA

¿Cuáles?

MONTEMAYOR

Ved.

(Le muestra el interior de la alforja).

Es oro de Trapalanda,
Plata de Yungulo es.

(Saca un puñado de algarrobas).

Ved: algarrobas de oro:
Saben al hambre muy bien...

(Catalina las recoge y reparte. Luego Montemayor saca y le entrega un huevo de avestruz).

Ved: la blanca flor de plata:
Que flores tiene el Edén

(Asombro y alegría. Los indios entran con plumas, flores, plantas, animales muertos, formando en su conjunto un cuadro pintoresco).

CATALINA

¿Una flor?

MONTEMAYOR

La flor del aire...

DON FRANCISCO

Que a Catalina se dé.

(Se la da).

MONTEMAYOR

Y ésta es una hermosa víbora...

CATALINA

(Sacándola muerta).

Para Rodrigo el doncel.

(Risas. Rodrigo se inclina agradeciendo el obsequio, y cambió de tema con esta pregunta):

¿Hay algo más?

MONTEMAYOR

Más presentes
Traemos en vuestra prez.

RODRIGO

(Con énfasis burlesco)

Presentes de harto valor,
Qué envían a su Merced,
Princesa de este Castillo,
Los Reyes del Bosque Infiel:

(Mientras saca de las alforjas los presentes).

MONTEMAYOR

¡Canamico! El lenguaraz.
Nos dirá los nombres...

(A Canamico).

CATALINA

Bien.

(Montemayor hace una seña al indio y éste se acerca a decir los nombres, mientras van recogiendo las especies traídas).

CANAMICO

—Chañar...
—Piquillín...
—Mistol.

MONTEMAYOR

Son frutas... Podéis comer.

(Todos reciben y examinan los frutos).

RODRIGO

¿Qué? Corales y rubíes
Y topacios... ¿No lo veis?

(Muestra en sus manos un puñado de las frutas, que tiene esos tres colores... Montemayor sigue sacando nuevos frutos y Canamico da los nombres. Son panales de diversa miel).

MONTEMAYOR

Ahora saboread hermanos
La más varia y rica miel.

(Sacando los panales).

CANAMICO

—Balayana...
—Lachiguana.
—Tiusimi...
—Ashpamisqui.

MONTEMAYOR

¿Veis?
Esta última es peregrina:

(Suspende entre los dedos una botijilla de barro, tomándola por el cuello)

Como esta abeja, tal vez,
No hay otra igual en el mundo:

(Le da la botijita a Catalina).

Bebedla.

CATALINA

¡Sabe muy bien!

MONTEMAYOR

(Que se ha puesto de pie y se ha arrimado al montón de flores y animales que han estado trayendo. Toma más piezas entre la alegre curiosidad de todos).

Y por fin, aquí tenéis
Otras piezas. . .

(A Canamico).

Habla tú.

CANAMICO

(Mientras Montemayor y Juan le muestran los objetos).

—Iguana.
—Suri.
—Quirquincho.

CATALINA

—¿Y ésto?

MONTEMAYOR

Un huevo de avestruz.

DON FRANCISCO

¡Manjar sabroso!

CATALINA

¿No hay más?

MONTEMAYOR

(Mostrando un nido y un pájaro con el copete colorado).

Un nido de picaflores,
Tejido en un breve tul;
Y un pájaro con capelo
Purpúreo...

RODRIGO

(Tomando el pájaro en sus manos).

¡Por Belzebú!
No son infieles las Indias
Si hay cardenales cual tú.

MONTEMAYOR

(Sacando unas aves de comer y ofreciéndoselas a Catalina).

Tenéis aquí un batitú,
Diez perdices,

(Señalando el venado que los indios alzan en hombros).

y un venado
Digno del Rey de Estambul!

CATALINA

¡Caza mayor hoy trajeron
Los monteros del Perú!

VOCES

—Al fuego!
—A asarlo!
—Sabroso
Será con cuero.
—¡A las brasas!
¡A las brasas! ¡A las brasas!

(Todos salen con el venado en alto, formando un grarijay de risas y gritos. Quedan D. Francisco y Rodrigo).

ESCENA SEXTA

Don FRANCISCO y RODRIGO

(Don Francisco se ha sentado en el tronco del árbol, junto al algarrobo, pensativamente, y Rodrigo aparece por detrás, cauteloso).

RODRIGO

Ahora podemos hablar,
Y abrir entrambos el alma.

DON FRANCISCO

(Inquieto).

¿Qué hay?

RODRIGO

Escuchadme con calma.

DON FRANCISCO

Ya estoy dispuesto a escuchar.

RODRIGO

(Sentándose a su lado).

Dije hace un momento aquí,
Que desde aquella hora ingrata
De Chicoana nos ata
Un secreto, a vos y a mí.

DON FRANCISCO

Diablo de hombre ¡voto a bríos!

RODRIGO

¿Porqué cambiáis de semblante?

DON FRANCISCO

Bien haya un modo insinuante
De seducir albedríos...

RODRIGO

Mi plática os importuna,
Don Francisco de Mendoza?

DON FRANCISCO

No, que es plática amistosa...

RODRIGO

(Con ironía).

Amistosa cual ninguna.

DON FRANCISCO

Los criados y los amos
Hacen muy buena amistad
En la infamia, ¿no es verdad?

RODRIGO

(Cínicamente).

Ligados por ella estamos.

(Pausa).

DON FRANCISCO

(Temeroso).

¿No nos ven? ¿No nos oirán?

RODRIGO

(Confiado y sarcástico, mirando hacia afuera).

Absortos en su venado
Creen los pobres que han hallado
Los emporios del Gran Khan.

DON FRANCISCO

Sigue, pues.

RODRIGO

Sigo, Maestre,

Y perdonadme, señor,
Pues vos me hicistéis traidor,

(Bajando la voz).

Que un plan de traición os muestre.

DON FRANCISCO

¡Rodrigo!

RODRIGO

Escuche la historia
Vuesa Merced...

DON FRANCISCO

Es cinismo
Hablar así!...

RODRIGO

O heroísmo...
Que audacias pide la gloria.

(Pausa).

DON FRANCISCO

Sigue.

RODRIGO

(Pausadamente).

Recordar os ruego,
Cuando en Chicoana aquel día

Alguien pidióme a porfía,
Que yo matase a Don Diego.

DON FRANCISCO

(Poniéndose de pie, con desagrado).
¡Era yo! y arrepentido
Lloré la intención villana
De ese día en Chicoana,
Y te pedí eterno olvido.

RODRIGO

A mí me engañó Gutiérrez.
Después conocí mejor
A Don Diego, y ví mi error.
Aunque en tal juicio te encierres,
Don Francisco, dejaréis
Que entre en mi plan poco a poco,
Pues si aquel recuerdo evoco,
No es en vano y lo veréis.
(Pausa).
A Don Diego en alto aprecio,
También yo le tengo ahora.

DON FRANCISCO

Tal virtud él atesora,
Que negarla fuera necio.

RODRIGO

Contra Don Diego no arguyo,
Pues, Don Francisco...

DON FRANCISCO

Prudencia,
Lealtad, valor, clemencia,
Todo junto le atribuyo.

RODRIGO

Aunque es poco lo que valgo,
Suyo soy, y en él contemplo
El más acabado ejemplo
De lo que vale un hidalgo.
Pero recordar quisiera,
De aquel miserando día,
Cuando alzó su compañía.
Flor de la gente guerrera,
Y en Chicoana nos dejó,
Por ir solo a Galchaquí,
Do él solo y primero entró . . .

DON FRANCISCO

Todo ello ha sido la obra
De Gutiérrez, el rufián.

RODRIGO

Desque él entró en Tucumán,
(Tengo razón que me sobra
Para decirlo) él conspira
Contra vos, de vos se queja,
Os odia; os suplanta, os veja,
Y solo errores inspira.

(Pausa, viendo el efecto favorable que sus palabras hacen en el ánimo de Don Francisco).

DON FRANCISCO

Sin duda encontrar soñaba
Grandes tesoros para él.

RODRIGO

Pero ya el hado cruel
Le hurta el reino que buscaba.
Bien veis qué tierras son éstas:
Inopes, tristes, saladas,
E insiste en tales jornadas
Sin escuchar las protestas.
Todo el botín y el favor
Que su Elelín nos tributa,
Es la misérrima fruta
Que hoy trajo Montemayor.
Sarcasmo nos hace el cielo
Con esas magras vituallas,
Mientras siguen las batallas,
Las muertes y los desvelos.

(Pausa).

Si no es verdad lo que digo,
Vuesa mercéd me desmienta.

(Rodrigo mira a Don Francisco, inquisidoramente, y éste le responde después de breve reflexión, con pesadumbre).

DON FRANCISCO

Mucho de verdad se cuenta,
En lo que dices, Rodrigo.

RODRIGO

La culpa de estos fracasos,
La tiene Don Diego en parte,
Pues los errores comparte
Con Don Felipe, en sus pasos.
Don Diego de él se aconseja,
Vuestra opinión se desdeña,
Y Don Felipe se empeña
En seguir la ruta vieja,
Cuando diz que está al Oriente
La ruta del Reino Rico,
Según el buen Canamico,
Que anduvo allí con su gente.

(Pausa).

Creo, señor, necesario
Para seguir nueva pista,
Alzarse con la conquista...
Y limpiarse al adversario.

(Don Francisco queda pensativo).

Tal proyecto no os seduce...

(Pausa).

DON FRANCISCO

¿Y de Don Diego qué haremos?

RODRIGO

Eso después lo veremos.

(Pausa).

Lo que a nuestro fin conduce;
Es que yo siembre cizaña
En la hueste, uno por uno,
Hasta el momento oportuno
De alzarse con la campaña.

(Se oye un gran rumor de alegría afuera, en el fogón. Se hacen signos de guardar silencio y ambos quedan inquietos, meditabundos. Don Francisco se levanta y mira al bosque. La tarde empieza a caer. Alguien se aproxima, y Rodrigo simula trabajar en un arnés).

ESCENA SEPTIMA

DICHOS. CATALINA, MONTEMAYOR. Luego todos

(Vuelven algunos de la gente que llevó el venado, y entre el rumor de sus voces, óyese un aparte de Montemayor y Catalina).

MONTEMAYOR

Yo a Rodrigo conocí
Cuando pequeño en Granada:
La madre fué bautizada;
Del padre yo nada oí...

CATALINA

Dicen que el padre vivió
Mucho tiempo en la Alpujarra,
Y que en su vida bizarra,
A Cristo y Mahoma vendió.

DON FRANCISCO

(Acercándose a ambos y dirigiéndose a Montemayor).

¡Buena provisión trajiste!
¿Y cómo hallastéis el agua?

MONTEMAYOR

Los indios la pista saben:
El canto de una calandria,
O el rastro de un uturuncu
Que por la selva se entraba.

CATALINA

Como al santo y al perverso
Junta Dios en la desgracia,
Así une al ave y la fiera
La misma sed, donde hay agua.

(Pausa).

DON FRANCISCO

Y la ashpamisqui, esa miel,
¿Cómo la hallaste?

MONTEMAYOR

¡Pues, nada!
Cuando ya el agua tuvimos,
Después de tantas andanzas,
En un manantial humilde
Que mana soberbias aguas,
Salí a mirar los contornos
Bajo el sol de la mañana,
Que está esa parte del bosque
De muchas flores bordada:
Como en un tapiz de seda
Se abren margaritas blancas
Y purpúreas amapolas
Entre el verdor de la grama.
De pronto, pasó una abeja
Volando en la senda clara...
Era una abejuela obscura
De esas que ashpamisqui llaman,
Y que sus mieles fabrican
De la tierra en las entrañas...
La seguí como un melero,
Y hallé su colmena rara:
Una boquita en la tierra,
Que es primor de su labranza...
(Esa boquita menuda
Es la puerta de la fábrica)
Trás de mirarla prolijo
Cavé el terrón con mi daga,
Y al sacarlo, dentro de él,

Hallé, con dicha de mi alma,
Esa botijilla fina,
De sutil barro formada,
Y en la botija el dulzor
De tierras azucaradas
Por la industria de la miel
Con flores de esta comarca:
Que flores tiene esta tierra
Apenas la moja el agua.

CATALINA

¡Cuántos primores sutiles,
Dios en su creación derrama!

CANAMICO

(Que entiende a medias el diálogo y que ve a Catalina relamiéndose los labios).

¡Ashpamisqui!

MONTEMAYOR

«Tierra dulce»
Dice el indio con su fabla,
Y es tanto como decir:
«La dulzura de la patria».

DON FRANCISCO

Ya ves, Rodrigo: no toda
Es amargor la comarca,

Si alguna dulzura esconde
La áspera tierra salada.

RODRIGO

(Con aire cínico, y en voz baja, como si no quisiera ser oído por Catalina).

Apuesto a que esa abejita
Es mujer...

DON FRANCISCO

¿Por qué?

RODRIGO

¡La gracia!
Tiene la miel escondida
Y la boca muy cerrada...

DON FRANCISCO

(Fingiendo enojo).

Sal de aquí, guazón indino.

CATALINA

(Para sí).

¡Vaya el ingenio de la hampa!

(Algunos ríen).

MONTEMAYOR

A ver, Rodrigo; venid:
Mientras el venado se asa,
Cuente Rodrigo su historia.

RODRIGO

(Malhumorado).

¿Soy yo el bufón de esta casa?

MONTEMAYOR

No tal, Rodrigo. No tomes
Mis palabras por ofensas.

RODRIGO

O viajo yo a tus expensas.

MONTEMAYOR

¡No! Con tu pan te lo comes...

DON FRANCISCO

(Conciliador).

Pudieras, mientras retorna
De su campo el general,
Para no pasarlo mal,
Pues tal ingenio te adorna,
Cantar romances...

JUAN

¡Que cante!

DON FRANCISCO

Romances te oí cantar,
En las postas del camino.

JUAN

(Bromeando).

Que traigan del mejor vino
Para dárselo al juglar.

MONTEMAYOR

No sorprende esa afición
En un hombre enamorado.

RODRIGO

(Con energía).

Soy, ante todo, un soldado.

MONTEMAYOR

Soldado de corazón...

DON FRANCISCO

Unos al juego se entregan,
Otros a la guerra van,
Los más en su casa están,
Y algunos el mar navegan...
El que al amor se aficiona,
Tiene juego y tiene guerra,
Casa y mar... Todo se encierra
En la adorada persona.

MONTEMAYOR

(Con malicia).

Eres cristiano vasallo,
Pero de carnes tan vivas,

Que con las indias cautivas,
Dicen que pones serrallo.

RODRIGO

(De pie, con cierto desenfado juglaresco).

En Granada la gentil,
Tuve, señores, mi cuna,
Y me bautizó Fortuna
Con las aguas del Genil.

CATALINA

(A Montemayor, aparte).

Son de guzla y añafil,
Saludó al recién nacido
Allá do gimió vencido
Boabdil.

RODRIGO

Era mi abuelo un doncel
Nacido en tierra cristiana,
Que en su hueste castellana
Llevó la Reina Isabel.

CATALINA

(A Montemayor, aparte).

Que la madre era de Argel,
Cuenta una vieja conseja,
Y era cristiana tan vieja
Como él.

RODRIGO

Pasé mi primera edad
Entre plegarias y alarmas,
Adiestrándome en las armas
Con pasión de eternidad.

CATALINA

(A Montemayor, aparte).

Toda la Santa Hermandad
Conoció esta noble historia...
Llena de gracia y de gloria,
En verdad.

RODRIGO

Corrió el tiempo, y buen varón,
Me desgarré de mi tierra,
Buscando lances de guerra,
Con denodada ambición.

CATALINA

(A Montemayor, aparte).

Dicen que sirvió de histrión
En la farándula errante,
Y que también mendicante
Fué el bribón.

RODRIGO

Por fin, cansado del tú,

Pasé a estas Indias del oro,
Para buscar un tesoro
Y hacerme Rey del Perú.

(Termina riendo. Catalina dice como si hablara consigo misma):

CATALINA

Paladín del bululú,
Eres pícaro sin alma,
Y ha de darte digna palma
Belzebú...

(La gente, distraída por la juglaresca escena, no ha oído el rumor de los ayes y pasos que vienen de afuera. Súbitamente la escena se interrumpe, y todos se miran angustiados).

DON FRANCISCO

¡Hay gente afuera!

JUAN

Alguien habla...

MONTEMAYOR

Vamos a ver.

CATALINA

Se oye hablar.

(Pausa. Silencio).

ESCENA OCTAVA

DICHOS. DON DIEGO, DON FELIPE y TODOS

(Cuando las personas de la escena anterior se disponen a salir, se oye como un quejido afuera, y un soldado sudoroso, polvoroso, con aire desaforado, el pendón en alto, aparece en la puerta de la palizada).

EL ALFÉREZ

(Con el pendón).

Mala jornada tuvimos:
¡Han herido al general!

(Brusco movimiento de la gente en escena).

DON FRANCISCO

(Saliendo hacia el foro).

¿Quién?

EL ALFÉREZ

Los indios... A Don Diego.
Venid pronto.

CATALINA

¿Dónde están?

(Don Francisco sale, y cuando en la escena no queda sino Catalina, aperece Felipe Gutiérrez en la puerta de la palizada, cabizbajo).

CATALINA

(Corriendo hacia él).

¡Felipe mío!

DON FELIPE

¡Mujer!

(Se abrazan estrechamente).

CATALINA

(Separándose).

¡Al fin vuelves!

DON FELIPE

¡Abatido!

CATALINA

¿Y Don Diego?

DON FELIPE

(Con pesadumbre).

Malherido,
Torna del combate...

CATALINA

(Impaciente).

A ver.
¿Dónde está? ... ¡Yo quiero verlo!
¿Cómo fué? ... ¿Dí qué ha pasado? ...

(Catalina hace ademán de salir, pero se detiene, perpleja, mirando y oyendo a Don Felipe).

DON FELIPE

(Con varonil pesadumbre).

Lo de siempre. Es gran soldado,
Pero es audaz caballero.

(Pausa).

Cuando empezó la matanza,
A caballo, con su lanza
En alto, gritando entró...
Vino una flecha, — y lo hirió.

EL ALFÉREZ

(Que regresa, en la mano derecha el pendón, muestra en la izquierda la flecha).

Esta es la flecha.

CATALINA

(Tapándose los ojos con ambas manos).

¡Dios mío!

EL ALFÉREZ

Yo mismo se la arranqué
De sus carnes, y aún se vé
La sangre aquí...

(Mostrando la punta roja del arma).

CATALINA

(Horrorizada).

¡Virgen Santa!

DON FELIPE

Con el arresto marcial
De sus momentos más bellos
Gritando: "¡Santiago, a ellos!",
Se avalanzó el General.
Un trueno fué su palabra
Cuando los indios malditos,
Salieron dando mil gritos
De los contornos del abra.
La mitad murió en la lid,
Y los restantes huyeron,
Pero mal golpe nos dieron,
Hiriendo a nuestro adalid...

(En ese momento pasa un soldado por el foro, detrás de la palizada, llevando de la brida el caballo alazán de Don Diego, sin su jinete. Al verlo así, desmontado, a la luz rojiza del atardecer, parece que va en él cabalgando la muerte).

CATALINA

(Como en un rapto, asiéndose a Don Felipe).

Mira ¡Mira!... Su alazán...
Su caballo... Y sin Don Diego...

Dime la verdad, te ruego...
¿Di, dónde está? ¿Dónde está?

(Pausa trágica y luego, con voz serena).

¿Ha muerto?

DON FELIPE

No.

EL ALFÉREZ

Son sus armas.

(Dice refiriéndose a Montemayor que entra en ese momento con el casco, la rodala y la lanza de Don Diego).

CATALINA

(Con creciente emoción).

¿Pero... ha muerto?

MONTEMAYOR

No, señora:
Lo hirió una flecha traidora.

JUAN

(Que entró con Montemayor).

Serenad vuestras alarmas,
Que ya lo traen.

(Solemne silencio. Con espectativa, la gente mira hacia la palizada. Se oye afuera como

un quejido entre dientes. Aparecen luego un grupo de cuatro soldados, trayendo a Don Diego en una colcha que suspenden de las cuatro puntas. A su lado vienen Don Francisco y el Padre Galán, que con su barba canosa y su talar obscuro parece un patriarca oriental. A éstos se unen Montemayor con las armas, y el Alférez con el pendón, formando todos el cortejo heroico, entre soldados e indios. Don Felipe y Catalina los reciben solícitos. Juan ha preparado ya un zurrón de agua, un vaso de barro del Perú y unas hilas. Al depositar a Don Diego en el suelo, haciendo lecho del árbol, entre pieles de tigre y de venado, se percibe su rostro pálido, de barba negra. Catalina se acerca y lo mira arrodillada, esperando comprobar si está realmente vivo. Don Diego, antes silencioso y quieto, se mueve, levanta el busto, y se queja con un dolor de fiera).

DON DIEGO

¡Tiene estos gajes la guerra!

(Entreabre los ojos, los pasea por los presentes, y los detiene sonriendo en Catalina).

DON FELIPE

¿Cómo os sentís?

DON DIEGO

(Esforzándose virilmente).

¡Mejor ya!

(Pausa y luego con voz clara).

Lavad la herida que está
Sucia de sangre y de tierra.

(Catalina enjuga la herida con el recado que ha preparado Juan. Don Diego trae el pantalón desgarrado sobre el muslo, donde está la herida).

DON DIEGO

Harta sangre he derramado
Y estoy sin fuerzas.

CATALINA

Quizá
Mañana florecerá
La sangre de tal soldado:
Tras de tan fieras congojas,
Vuestra sangre aquí vertida
Florecerá en rosas rojas,
Por milagro de la vida.

(Don Diego sonríe paternalmente a Catalina. La tarde cae, serena, entre las vislumbres rojas del poniente, allá en el fondo del campo).

DON DIEGO

(En la paz de la hora y ante el religioso silencio de todos).

Benditas sean las manos
¡De los que curan enfermos!...

(Pausa).

Santas manos de mujer
Que traéis gracia del cielo.

TELÓN

ACTO SEGUNDO

EL mismo campamento del acto anterior, en otra luz. Bajo el algarrobo central se ha arreglado la tienda en que yace Don Diego herido. La tienda es de lona roja, y se sostiene con ayuda de lanzas, picas, palos y cuerdas que la suspenden de las ramas, como para abrirla en la escena final. La tienda ocupa el segundo tercio del proscenio, dejando a los lados y adelante espacios y perpectivas que permitan ver el cielo y el bosque del fondo, iluminados por una luna clarísima velada a ratos por densas nubes vagabundas. Se ve un trozo de la palizada y árboles a derecha e izquierda, practicables, así como el foro.

ESCENA PRIMERA

CATALINA, DON FELIPE, DON DIEGO y RODRIGO

(En el interior de su tienda yace Don Diego a ras de tierra, donde tiene su lecho de moribundo. Catalina vela a su lado, cuidándolo con ansiedad. Rodrigo, afuera, ronda la tienda con paso cauteloso y espía al interior por los resquicios, deslizándose en la sombra. Es noche de luna; en sitio análogo al del acto anterior. Rodrigo huye bajo los árboles al sentir que Felipe Gutiérrez viene del lado opuesto hacia la tienda, de la que, a su llamado, sale Catalina.

DON FELIPE

¿Y Don Diego?

CATALINA

Se ha dormido...

DON FELIPE

¿Sufre mucho?

CATALINA

Ahora menos...

DON FELIPE

¿Ha recordado de mí?

CATALINA

Te nombró como entre sueños...

DON FELIPE

¿Nada más?

CATALINA

Habla tan poco
Desque se agravó el enfermo.
Después de su atroz delirio
Quedó silencioso y quieto;

Respira un soplo sutil
Que apenas mueve su pecho;
Y están sus manos heladas
Como las manos de un muerto...

(Pausa).

DON FELIPE

¿Le diste a beber la hierba?

CATALINA

Se la he dado hace un momento.
Bebíola con alegría...
Transpiró un sudor de hielo...
Te nombró con voz muy suave.
Quedóse dormido luego:
Pálido, inmóvil y frío,
Largo a largo, sobre el lecho.

(Se vuelve a mirar hacia adentro).

Dormido está...

(Llama a Felipe con una seña).

Desde aquí,
Sin que te oiga, puedes verlo.

(Ella sostiene la cortina, él mira; ambos en profundo silencio).

DON FELIPE

(En voz baja).

¿Qué palidez en su rostro?

(Pausa).

¡Parece el rostro de un muerto!

(De pronto, un ave nocturna rasga la noche silenciosa: Don Felipe y Catalina se estremecen de supersticioso temor, estrechándose uno al otro al oír el chirriar agorero).

CATALINA

¿Qué es eso, Felipe?

DON FELIPE

¿Oiste?

CATALINA

Sí, Felipe...

DON FELIPE

¡Mal agüero!

CATALINA

No lo digas...

(Se oye un nuevo chirrido más cercano y claro).

¡Otra vez!

(Mira, como buscando arriba).

Ha chirriado junto al lecho
Del enfermo, allá en el árbol...
Allá en el árbol siniestro...

(Ambos miran al árbol).

DON FELIPE

(Con temeroso furor).

Que la luz de Dios te mate,
¡Pajarraco del averno!

CATALINA

¿Lo viste? Salió, volando
Del árbol: el cuerpo negro,
Bajo un resplandor de luna.

(Ambos miran a lo alto).

DON FELIPE

¡Qué claridad la del cielo!

CATALINA

Pero cuán triste la noche...

DON FELIPE

Noche de angustia y de ensueños...
Parece el monte embrujado
Por la luna y el silencio.

(Pausa).

CATALINA

Luna que haces recordar
Mis noches de Andalucía;
Noches gemelas del día,
Que hacen soñar y llorar...
Me parece ver la luna

De allá del Guadalquivir,
Luna que nos vió partir
Soñando mejor fortuna...
La nueva fortuna es ésta
Que hoy nos abruma a los dos:
La muerte, la noche y vos,
Juntos en la hora funesta...

(Solloza contenidamente).

DON FELIPE

Mujer: contiene tu llanto,
Que es hora de hacerse fuerte
Para vencer a la Muerte
En el diabólico encanto
De esta noche que está llena
Del misterio de otros mundos...

CATALINA

Hay fantasmas vagabundos
Allá en la noche serena...

DON FELIPE

Vé por Don Diego a velar;
Que yo espero a quien vendrá...

(Catalina entra en la carpa. Don Felipe ve acercarse un hombre en la obscuridad).

ESCENA SEGUNDA

DON FELIPE y DON FRANCISCO

DON FELIPE

(Mirando prevenido al foro. Rodrigo, que estaba escondido tras del árbol, se desliza y huye en la sombra, mientras Don Francisco se adelanta).

¿Quién va?

DON FRANCISCO

Mendoza

DON FELIPE

Bienvenido,

DON FRANCISCO

Capitán:
No os pregunto de Don Diego,
Porque sé que va muy mal.

DON FELIPE

(Hace un gesto de triste asentimiento).

¿Qué nuevas hay en el campo?

DON FRANCISCO

Ninguna. Todo está en paz.

DON FELIPE

¡Loado sea Dios, Don Francisco!
Que es hora de gran piedad.

DON FRANCISCO

Tanto persiguió el dolor
Que siempre perseguirá.

DON FELIPE

¿Porqué auguráis nuevos males?
Días mejores vendrán...

DON FRANCISCO

Fueron jornadas fatales,
Señor, las del Tucumán:
Tras de las sierras malditas
De los bravos Calchaquíes,
La inopia de los diaguitas,
Y el odio de los juríes...
De los doscientos soldados
Que partieron del Perú,
Bien sabes, ¡por Belzebú!
Cuantos yacen enterrados.
A los que restan con vida,
Fatal porvenir se augura,
Sobre esta aciaga llanura,
De nuestra sangre teñida.

DON FELIPE

Las selvas y cordilleras,
Con su denuedo salvaron.

DON FRANCISCO

Y ahora en este llano entraron,
De las zarzas y las fieras

DON FELIPE

Pobres de agua y de vituallas,
Montón que agranda el coraje,
Van con el indio salvaje
Librando rudas batallas,

DON FRANCISCO

Visión de fatal destino
Son estos campos desiertos,
Poblados de nuestros muertos
A lo largo del camino.
El hambre, la sed, el sol,
Las tribus, las alimañas,
Dan en prez de las Españas
Guerra al coraje español;
Guerra de estéril empeño,
Porque hasta hoy ninguno ha visto
Para el Rey, ni para Cristo,
El Elelín de los sueños...

DON FELIPE

¿Parece que os solazáis
En panoramas tan tristes?

DON FRANCISCO

Más hermosos prometisteis
En el Perú, ¿recordáis?

DON FELIPE

(Con energía).

Sí tal; y no me arrepiento.

(Señalando a la carpa de Don Diego).

Porque seguí a aquel varón,
En cuyo gran corazón
Jamás entró el desaliento.
Creció en hidalgo solar,
Para la gloria y la fe,
Cerca del solar que fué
De los Díaz en Vivar.
Sobre el rastro que señala
De heroicos nombres la gesta,
Salió por la árida cuesta
De Burgos, a Guatemala.
Allá anduvo hasta que al fin,
Le trajo al Cuzco su anhelo,

Y de allí vino a este suelo
Por buscar el Elelín...

DON FRANCISCO

¡Cierto!... Nos falló la suerte,

DON FELIPE

Mas lo hemos visto los dos,
Servir a su Rey y a Dios
Sin mezquinarse a la muerte.
Cruzó el mar, cruzó la tierra
De las ínsulas remotas
Y sin temer las derrotas
Fué su alegría la guerra.
Aún lo veo en mi meroria,
Como ha seis días lo ví,
Cuando lanzó un halalí
De alegría venatoria,
Y entró a vanguardia en el campo,
Sobre su brioso alazán...
Vos no visteis, capitán,
A aquel heroico hipocampo.

DON FRANCISCO

(Picado).

Yo estaba herido en la mano
Desde el combate anterior...

DON FELIPE

No amenguo vuestro valor...

Solo evoco el suyo, hermano,

(Transición).

Loco, al oir el clarín,
Blandió su lanza guerrera
Y se lanzó a la carrera
Tendido sobre la crin.
Los indios al verlo huyeron;
Traidora flecha lo hirió;
Y solo así se perdió
Valor como el que ellos vieron.
De hombres así necesita,
Mendoza, la fe cristiana...

DON FRANCISCO

De ellos Castilla se ufana;
Por ellos le fe milita...

DON FELIPE

Nombres de Fernán González
Y de Ruy Díaz, mío Cid,
Vosotros a este adalid
Disteis alientos triunfales:
Burgalés como vosotros,
Como vosotros guerrero,
Que deje al irse, yo quiero,
Su heroico aliento en nosotros.

(Don Francisco inclina la cabeza como humillado).

Hermano, ven.

(Le estrecha la mano a Don Francisco, esquivo y conmovido).

DON FRANCISCO

El instante
Llegó de un fatal destino...

DON FELIPE

Vos me pintáis el camino...
Yo he pintado al caminante.

DON FRANCISCO

(Recobrándose para disimular su turbación).

Don Felipe: no me cuesta
Seguir la empresa en que andamos.
Digo tan solo que vamos
Por una senda funesta.
(Señalando a la tienda).
Yo a ese hombre también lo admiro
Tanto cual vos lo admiráis,
Pero os ruego que tengáis
Más prudencia, pues el giro
Que va tomando esta empresa
Por vuestra culpa, señor,
Nos traerá mucho dolor...
(Pausa).
Ya en nuestra gente progresa
La inquietud y el desengaño.
Si muere Don Diego, creo,

Que habrá, contra mi deseo,
Cosas de muy grave daño.

DON FELIPE

¿Me amenazáis?

DON FRANCISCO

No, sin duda.
Solo os prevengo.

DON FELIPE

(Con ironía).

¡Mil gracias!

DON FRANCISCO

Largas van ya las desgracias,
Y anda la gente sañuda.

(Marchándose).

Voy a recorrer el campo,
Don Felipe.

DON FELIPE

(Con intención).

Don Francisco:
Por la salud de Don Diego,
En vuestra lealtad confío.

(Don Francisco se va lentamente por el foro. Tras de la palizada se ve deslizarse la sombra de Rodrigo. Don Felipe queda mirando al suelo, pensativo, cuando Montemayor llega por la izquierda, sin ser antes visto, y lo saca de su abstracción).

ESCENA TERCERA

DON FELIPE y MONTEMAYOR

MONTEMAYOR

(Entrando).

¿Cómo está el herido?

DON FELIPE

Mal.

MONTEMAYOR

Grave caso...

DON FELIPE

Caso grave.

MONTEMAYOR

¡Morir tan buen general!

(Pausa).

¿No hay esperanzas?...

DON FELIPE

¡Quién sabe!

(Pausa).

¿Y qué dice nuestra gente?

MONTEMAYOR

La tropa ya se precave
Del desenlace inminente,
Y anhela que el sucesor
Sea jefe tan prudente
Como lo ha sido el Señor
Don Diego, noble caudillo
Y hombre de tanto valor...

DON FELIPE

Lo será. Puedo decillo.

MONTEMAYOR

Más yo, a mi vez, decir debo
(Y con ésto no os mancillo)
Que se habla del jefe nuevo
En cada bando adversario...

DON FELIPE

¿Cómo así?

MONTEMAYOR

...Que no me atrevo
A decir todo...

DON FELIPE

Al contrario,
Decírmelo es necesario,

Por justicia y por honor
De ti mismo, a quien he dado
Pruebas de tanto favor.

MONTEMAYOR

Si hay lealtad de soldado
Para un jefe esa es la mía!
Y moriré a vuestro lado.

DON FELIPE

Habla, pues.

MONTEMAYOR

Sí... pues... decía
Que hay bandos en el real...
Y que os hacen felonía.

DON FELIPE

(Nervioso).

¿Quién?

MONTEMAYOR

(Gutiérrez con el gesto, lo incita a hablar).
Don Francisco.

DON FELIPE

¡No tal!
No puedo creértelo, Pablo.

MONTEMAYOR

Debéis creerlo a un leal.

DON FELIPE

No lo creo, ¡voto al diablo!

MONTEMAYOR

Crealo, vuesamercé...

DON FELIPE

Me cuesta creerlo.

MONTEMAYOR

Que si hablo,
Don Felipe, lo que sé,
Verá, aunque así me rechaza,
Que hablo verdad, por mia fé.
Hay gente de mala raza,
Con Don Francisco bienquista,
Que va trazando la traza.
De alzarse con la conquista...
Si vos no hacéis escarmiento,
No habrá ya quien los resista...
Conviene marchar con tiento,
Que es mala gente, señó,
Pero ha de haber un momento
En que veréis quien soy yo...

La hueste se tuvo en calma
Mientras Don Diego mandó;
Pero os juro por mi alma
Que si el general se muere,
Querrán quitaros la palma...
Y habrá motín... Quien os quiere
Os da esta voz, Capitán.

DON FELIPE

(Sereno).

De lo que dices se infiere
Qué conoces algún plan?

MONTEMAYOR

No, Don Felipe... Sospecho...
Nada más...

DON FELIPE

(Consigo mismo).

¿Cómo podrán,
Violentando mi derecho,
Alzarse así contra el rey?

MONTEMAYOR

Podrán, señor... En acecho
Anda esa villana grey,
Espiando el paso a la muerte,
Para quebrantar la ley
Con la fuerza del más fuerte.

DON FELIPE

(Empuñando la espada).

Nadie es más fuerte que yo.

MONTEMAYOR

Nadie, señor. Pero advierte
Que de más alto cayó,
Quien desoyó las señales
Que el Cielo a veces le dió:

DON FELIPE

(Tomando a Montemayor por el hombro, en actitud de afectuosa reconvención).

Ven, profeta de mis males,
Augur de adversa fortuna,
Mago de signos fatales:
¿Hay otras nuevas?

MONTEMAYOR

Ninguna.

DON FELIPE

Pues anda a decir, ahora,
Que la hora no es oportuna
Para esa chusma traidora;
Que aún vive el noble Don Diego,
Y que mi puño atesora,
Lo que en el Cuzco, al partir,
Me dió el de Castro: ¡este pliego!

(Golpea en el pecho, del que sale una punta del pliego con las estipulaciones).

Que lo vengan a pedir...
Que lo mostraré a su ruego.
Mándase en él que al morir
Don Diego (Dios no permita)
Yo debo el mando asumir,
Y que por gracia infinita
Del Rey, al Rey desacata
Quien en mi contra milita.

MONTEMAYOR

(Óyese de pronto un grito clamoroso entre humano y bestial, que rasga la noche; luego un rumor de soldadesca).

ESCENA CUARTA

DICHOS Y CATALINA

MONTEMAYOR

(Palideciendo).

¡Señor!

CATALINA

(Que al oir el grito ha salido de la tienda, sin acercarse al grupo).

¿Qué hay?

DON FELIPE

(Reflexivo).

¡Noche ingrata!

CATALINA

(Adelantando un paso).

¿Qué hay?

MONTEMAYOR

¡Don Felipe!

DON FELIPE

¿Quién grita?

MONTEMAYOR

Corro, Capitán, a ver
Lo que pasa.

DON FELIPE

Vé con Dios...

ESCENA QUINTA

CATALINA, DON FELIPE, JUAN y MONTEMAYOR

(Catalina se adhiere a don Felipe y ambos estremecidos de tragedia, se destacan en la noche tenebrosa bajo la luz de la luna).

DON FELIPE

Noche del horror antiguo,
Noche del antiguo horror,
La más negra de mi vida,
Como otra nunca se vió:
Tan sólo pálidas luces,
Veo en mi desolación:
Allá, la luz de la luna,
Y aquí, la luz de tu amor...

CATALINA

(Estrechada por el brazo del amado, habla como en sueños y sonríe con voluptuosa amargura).

¿Qué pasa, Felipe, dime,
Qué pasa?...

DON FELIPE

Nada.

CATALINA

¡Por Dios!
¿Qué pasa?

DON FELIPE

¡Cuatro demonios
Que punzan mi corazón!

(Juan sale de entre los árboles bruscamente. Catalina se desprende de don Felipe azorada. Don Felipe se adelanta a cortarle el paso con la espada desenvainada).

DON FELIPE

Tú, Juan: ¿Qué ha sido ese grito?

JUAN

(También con su espada en la mano).

Corriendo venía yo
De la otra parte del foso,
Para saberlo señor.

DON FELIPE

(Imperioso).

No vayas. Aguarda un punto.
Que ya fué Montemayor,
Y no tardará en volver:
Yo aquí esperándolo estoy.

(Escuchan en silencio. Catalina se acerca otra vez a don Felipe).

CATALINA

No sé qué presentimiento
Me llena de hondo temor.

DON FELIPE

Nada temas.

CATALINA

¡Oh, Quién sabe,
Mi hombre, mi dueño, mi amor,

Si el pájaro de la noche
Desdicha no presagió
Cuando chirrió en esa rama...

DON FELIPE

¡Calla! Calla, por favor.

(Quedan silenciosos y prestan el oído al campo).

JUAN

(Que los mira sorprendido).

¿Si queréis que vaya?...

DON FELIPE

No.

(Pausa).

CATALINA

Oh, qué noche más extraña.

DON FELIPE

Espera. Yo mismo voy.

CATALINA

No, Felipe. Tú no vayas.

(Lo toma del brazo y lo detiene. Siguen escuchando. Detrás de la palizada, en la sombra aparece un hombre, que resulta ser Montemayor).

DON FELIPE

¿Quién viene?

MONTEMAYOR

Montemayor.

DON FELIPE

¿Qué pasa?

MONTEMAYOR

Un indio cautivo
Quiso fugarse y cayó.

DON FELIPE

¿Cómo fué?

MONTEMAYOR

Que hacían señas
Del monte con un hachón,
O tea, como es usanza,
Entre los indios, señor;
Al ver la luz, el cautivo
La palizada saltó;
Cayó el cuitado en el foso,
Y un lancero lo mató,
De una lanzada tan firme,
Que el corazón le partió.

CATALINA

¿Y eso fué el grito?

MONTEMAYOR

Eso mismo.
Rugió, al entrarle el acero,
Con un rugir de león.

DON FELIPE

¿Lo has visto?

MONTEMAYOR

Está ahí en el foso.
Partido el pecho.

CATALINA

¡Qué horror!

DON FELIPE

¿ Yel tumulto?

MONTEMAYOR

Era la gente
Que al oir el grito, corrió.

DON FELIPE

¿Nada más?

MONTEMAYOR

Sí. Don Francisco
Ha tomado precaución,
Y manda algunos soldados
A recorrer la extensión
Del campo que nos rodea,
Porque dice, y es razón,
Que aquellos fuegos, seguras
Señales de espías son...

(Pausa).

Quiso que yo mismo fuese,
Pero excuseme, señor.
Yo del real esta noche
No saldré...

CATALINA

¿Pues, porqué no?

MONTEMAYOR

Yo me entiendo... Y Don Felipe
También me entenditéis vos.

(Catalina mira a don Felipe como inquiriendo la verdad en sus ojos).

DON FELIPE

(A Juan y a Montemayor).

Podéis iros.

(Ambos se retiran).

Cuántos males
En esta noche de horror:
El general que se muere,
Y he de sucederle yo,
Mientras desde afuera acosan,
Los enemigos de Dios,
Y desde adentro conspiran
Los que preparan traición...

CATALINA

¿Traición? ¿Contra quién? ¿De quiénes?
Felipe: Has dicho "traición"?...

DON FELIPE

Tú vé a cuidar a Don Diego.

CATALINA

(Angustiada).

¿Pero, qué hay?

DON FELIPE

(Absorto).

Nada puede
Contra el destino la voz
De las humanas miserias,
Si en lo alto la hora sonó.

(A Catalina, besándola en la frente).

Anda tú.

(Catalina tiene dificultad de irse).

Pase este cáliz
Si es la voluntad de Dios.

CATALINA

No te entiendo... Desvarías,
O me ocultas tu dolor.

(Don Francisco por el foro).

DON FELIPE

Anda, viene Don Francisco
Y hablar con él quiero yo.

(Catalina va lentamente a la tienda de don Diego).

ESCENA SEXTA

DON FELIPE Y DON FRANCISCO

DON FRANCISCO

¿Sabéis ya lo que era el grito?

DON FELIPE

Ya Pablo me lo contó.

DON FRANCISCO

Un cautivo que cayó
Por fugarse, el muy maldito.
Un atalaya en acecho
Lo vió al entrar en el foso,
Y de un lanzazo espantoso
Le abrió por mitad el pecho.

(Pausa).

Eso fué el grito y tumulto
Que se oyó.

DON FELIPE

Sí. Ya lo sé.

DON FRANCISCO

También sabréis que se vé
Cómo nos hacen insulto
Los indios con sus bravatas,
Pues dicen nuestros vigías,
Que andan por la selva espías
Enemigas. Hay fogatas
De las que usan en la guerra
Los indios que dan mensajes:
Saber quieren los salvajes
Si aún estamos en su tierra.
Así es que he mandado ya
Veinte hombres con arcabuces
Para apagarles las luces
Y correrlos...

DON FELIPE

Bien está.

DON FRANCISCO

Pero lo grave no es esto
Don Felipe.

DON FELIPE

¿Y qué es lo grave?

DON FRANCISCO

Lo que ya la tropa sabe
Sobre el instante funesto
En que estamos... Ella quiere
Que yo suceda en el mando
Al general...

DON FELIPE

¿Pero cuándo?

DON FRANCISCO

Si es que don Diego se muere.

DON FELIPE

No puede ser.

DON FRANCISCO

Eso digo.

DON FELIPE

Según el pliego firmado,
Tenemos capitulado
Que a sucederlo me obligo,
Si él muere, y si muero yo,
Otros tendrán más derecho.
Es lo convenido y fecho
Con nuestras firmas: ¿Sí o no?

DON FRANCISCO

Es así.

DON FELIPE

Luego...

DON FRANCISCO

Sin duda...
Pero, arbitraria, la gente
Cree que yo soy el teniente,
Y en su voluntad se escuda.

DON FELIPE

Vos la debéis disuadir.

DON FRANCISCO

Lo haría... En siendo posible;
Mas presiento algo terrible
Si el jefe llega a morir.

DON FELIPE

Ya lo sé. Tal es la suerte
Que en Indias a todos toca.
Aquí la vida está loca,
Y anda borracha la muerte.

DON FRANCISCO

Es "orbe nuevo"!

DON FELIPE

Y aunque él,
Por "nuevo mundo" se llama,
Del "otro mundo" la fama
Va robándole a Luzbel...
Ya el arrojado Pizarro
Tornóse aquí Visorrey;
Cada uno hace aquí su ley,
Y el oro es de sangre y barro...

DON FRANCISCO

(Con amargura incisiva).

De aquel mozo recordad,
Que al repartirse el tesoro
Del Inca, la imagen de oro
Del Sol, le dieron...

DON FELIPE

Verdad.

DON FRANCISCO

Pues cuéntase que aquel mozo, —
Caballero sin reproche —
Jugó y perdió en una noche
El Sol que ganó con gozo,
Por donde allá se decía
Como proverbio español;
"Tener en la noche el Sol
Y perderlo con el día"...

(Don Francisco sonríe sardónicamente, don Felipe lo mira muy turbado).

DON FELIPE

No entiendo lo que decís.

DON FRANCISCO

(Con incoherencia).

¡Bah! ¡Bah! Capitán. No importa...
La noche es corta, muy corta...

(Marchándose).

Son cosas de aquel país

DON FELIPE

Ven, escuchadme un instante.

(Catalina sale de la tienda de don Diego en la que se ha sentido un ruido fatídico. Don Francisco se detiene y oye lo que dice Catalina).

ESCENA SEPTIMA

DON FELIPE, CATALINA y DON FRANCISCO

(Catalina acercándose a don Felipe).

Ven... Se muere... Ven... aquí.

(Don Felipe vacila y luego sigue a Catalina para entrar en la tienda).

DON FELIPE

(Aparte, cerrando el puño).

¡Malvado!

(Rodrigo entra por el foro, como si hubiera estado detrás de la tienda, y se acerca a don Francisco que le dice en voz baja):

DON FRANCISCO

Está agonizante.

CATALINA

(A don Felipe).

Me ha preguntado por ti.

(Catalina y don Felipe entran en la tienda).

ESCENA OCTAVA

DON FRANCISCO Y RODRIGO

RODRIGO

¿Parece que la hora llega?

Ya os escuché departir...
¿Y qué esperáis?

DON FRANCISCO

¡Paciencia, hombre!
Que no tardará en morir.

RODRIGO

¿Quién?

DON FRANCISCO

Don Diego.

RODRIGO

¡Ah!, pensaba
Que Don Felipe. Es decir
Que Don Diego ya agoniza?

DON FRANCISCO

Creo que toca a su fin.

RODRIGO

¿Don Francisco: ¿De qué hablábais
Con el Capitán aquí?

DON FRANCISCO

Hablábamos de la empresa...

RODRIGO

Cuidado, ¡es hombre sutil!

DON FRANCISCO

Es hombre sutil, y fuerte.

RODRIGO

Lo sé; mas confiad en mí.

DON FRANCISCO

En ti confío...

RODRIGO

Veremos.

DON FRANCISCO

Bien estuvo el desistir
De matarlo.

RODRIGO

También creo
Que era peligroso ardid.
¿Asesinarlo? ¡Muy fácil!
¡Lograr el crimen, no así!
La gente con él estaba...

DON FRANCISCO

Y Don Diego contra mí
Hubiera estado, sin duda.

RODRIGO

Mientras ahora al morir
Don Diego, toda la gente
Bulle por venir aquí,
Para prender al rival,
Y alzaros a vos... Que al fin
Si vos sois el albacea,
No hay que aguzar el magín;
Y si al testamento escrito
Puso ayer tarde otro si
Por el que único heredero
Os declara, no hay ardid
Ni bártulo, ni pandecta,
Que en romance o en latín
Pueda privaros del mando...

(Transición).

Dijisteis que antes hablabáis
De la empresa...

DON FRANCISCO

Es así.

RODRIGO

¿El, qué dijo?

DON FRANCISCO

Habló de Burgos,
De Guatemala, del Cid...

RODRIGO

(Con cinismo).

Los estandartes del moro
Yo en las Huelgas también ví;
Y estuve en Santa Gadea,
Y en la iglesia de San Gil,
Y en San Pedro y la Cartuja...
Pero eso no vale aquí.
Yo de otras artes me valgo.
Veremos quien vence al fin...

ESCENA NOVENA

(Don Francisco y Rodrigo salen por el foro, después de haber espiado al interior de la tienda, mientras el Alférez llega también nerviosamente y llama a don Felipe que sale de la tienda al ver las señas que desde afuera le hace aquél).

EL ALFÉREZ

(Nervioso y con gesto leal).

Perdonadme, Capitán,
Si vengo en malhora a hablaros,
Pero necesito daros
Noticias que así se dan.

(Mira cautelosamente hacia atrás, el teatro está vacío y se presiente la agonía de don Diego en la tienda).

Corre en la hueste, y sin freno,
Que Don Diego se agravó,
Porque alguien aquí le dió
Para matarlo, un veneno.

(Mira fijamente en los ojos de don Felipe).

DON FELIPE

(Con turbación).

Aclara más ¡Habla! ¡Explica!

EL ALFÉREZ

Poco más se... Si supiera...

DON FELIPE

¿Quién inventó esa quimera,
Y en ella a quién se sindica?

EL ALFÉREZ

No sé de donde proviene
Tal especie en la mesmada...
Aunque es cosa que a tu espada
Harto saber le conviene.

DON FELIPE

¡Calumnia! ¡Calumnia horrenda!
¡Muera el vil que la inventó!
Y muera quien divulgó,
Tan asquerosa leyenda!

EL ALFÉREZ

Sea verdad o invención,
Tal cosa yo no averiguo:
Yo soy vuestro amigo antiguo
Y es serviros mi intención. . .

(Pausa).

Creí deber de mi lengua
Deciros que aquella voz —
Bien que es la calumnia atroz —
Va cundiendo en vuestra mengua.

(Don Felipe se retuerce vacilante, presa de indignación y de duda, cuando siente un rumor de gente en el fondo del teatro).

ESCENA DECIMA

DICHOS Y TODOS

(Brusco tumulto afuera. La soldadesca sublevada entra y aproxímase a la tienda. Don Francisco y otros, espada en mano, quieren detenerla, dando voces que apenas se perciben en medio del motín).

UNA VOZ

¡A Don Diego!

DON FRANCISCO

¡Calma! ¡Calma!

UN HOMBRE CON PICA

¡Abrid paso!

MONTEMAYOR

(Corriendo hacia ellos).

¡Turba impía!

UNA VOZ

—¡Queremos ver su agonía!

OTRA VOZ

—¡Queremos rezar por su alma!

RODRIGO

(Enfrentándose con ellos).

Reportaos... Aún no ha muerto.

OTRA VOZ

¡Queremos verlo!

DON FRANCISCO

Aguardad
Y los gritos moderad
Que aun oye...

CATALINA

(Saliendo desesperada de la tienda).

¿Qué desconcierto
Es ese?

EL PADRE GALÁN

(Saliendo de la tienda, con un crucifijo pequeño en la mano, detrás de Catalina).

Con tales gritos
¿Quién a la muerte profana?

(Decrece el ruido).

DON FELIPE

(Espada en mano, saliendo a imponer orden).

Silencio, ¡gente cristiana!

(Estallan nuevamente los gritos irritados al ver a don Felipe. Pausa de estupor).

UNA VOZ

¡Es él!

VOCES

—¡Abajo
el maldito!
—¡Abajo! ¡Abajo el felón!
—Muera a punta de puñales
¡El que nos trajo estos males!
—¡Pague en sangre su traición!

(Don Felipe retrocede sorprendido. La multitud avanza incontenible y furiosa. Montemayor y Juan lo protegen, acompañándolo hacia la puerta de la tienda).

JUAN

¡Entrad, señor, en la tienda!

MONTEMAYOR

¿Veis? La verdad anuncié.

DON FELIPE

¿Qué debo hacer?

MONTEMAYOR

No lo sé.

DON FELIPE

(A Rodrigo).

¿Qué es ésto?

RODRIGO

¡El Diablo lo entienda!

EL PADRE GALÁN

(Con su pequeño crucifijo en la mano, cierra la entrada de la tienda ante la turba que avanza).

Hermanos en Jesucristo:
¡Callad por El!

(La multitud calla bruscamente, e inclinan la cabezas, persignándose algunos; y se abre en dos alas, dejando, al medio, en el fondo de la escena, la tienda de don Diego. De un lado sale un soldado, sin nombre, harapiento y bestial; que se enfrenta con don Francisco):

UN SOLDADO

Don Francisco: silenciosos,
Aguardaremos aquí,
Mientras vos entráis allí,
Con Don Diego... Sediciosos
No somos. Solo pedimos
Justicia en nombre de Dios,

UNA VOZ

¡En él y en ella!

OTRA VOZ

¡En los dos!

UN SOLDADO

Justicia dura exigimos...
Que si Don Diego conserva
Su razón, claro le habléis,
Descubriendo a quien debéis;
Y si en la sombra proterva
Ya sucumbió, que tu mano,

Brazo armado del destino,
Traiga afuera el asesino,

OTRA VOZ

Y a la hembra del villano.

(Don Francisco, silencioso y resuelto, franquea el umbral de la tienda en que se acurruca aterrorizada Catalina y se ve la silueta erguida de don Felipe. En el fondo de la tienda, entreabierta, aparece don Diego, recodado por supremo esfuerzo, pálido y tembloroso).

LA VOZ DE DON DIEGO

¡Por Dios! ¿Qué manada es esa,
De fieros lobos hambrientos
Que aullando a los negros vientos,
Busca en mi tumba su presa?

DON FRANCISCO

(Desde la puerta de la tienda).

Don Diego: es toda la hueste
Que tu desgracia deplora;
Y que así aullando, te llora,
Porque hubo un traidor...

(Señalando con la mano izquierda a Don Felipe).

¡Y es éste!

DON FELIPE

¡Mentís, infame!

DON FRANCISCO

Una flecha
Os hirió ha días, señor...
Ya de ello estabais mejor...
Pero la hueste sospecha
Que ya salvo de la herida,
Os agravasteis porque hubo
Un hombre que interés tuvo
En que acabaseis la vida.

(Pausa. A don Felipe).

Por sucederle en el mando
Vos lo habéis hecho morir:
Impaciente por subir,
Quisisteis subir matando.

(Silencio embarazoso y emocionado).

DON FELIPE

(Con serena energía, embarazando la rabela y desenvainando la espada).

Como hidalgo desafío
Con mi espada y con mi lanza,
Para hacer, por noble usanza,
Juicio de Dios...

DON FRANCISCO

(En el paroxismo del furor).

Mucho brío,
Mostrais, Felipe Gutiérrez,
Por defender el botín;
Pero os va llegando el fin,
Y aunque así el paso me cierreis.
Juicio de Dios ya os ha hecho
En su corazón la gente...
Con ella tendréis, valiente,
Que combatir, ¡pecho a pecho!

(Señala a la muchedumbre que ruge afuera. Don Francisco y Don Felipe, se enfrentan con las espadas desenvainadas).

DON FELIPE

(Iracundo).

Por la sucesión del mando,
Vos, con envidia y con ira,
Habéis fraguado mentira,
¡Y os desmentiré matando!

(La multitud abre cancha a los desafiados, y en el silencio de la espectativa, se oye a don Diego, clamando desde adentro, con voz esforzada y moribunda, que paraliza a todos).

DON DIEGO

¡Alto ahí!... Si desventura
Fué que algún indio me hiriese,

Mayor desventura fuese,
Morir viendo esta amargura...

(Pausa).

Castilla dirá mañana,
Que, con espada cruel
Templada para el infiel,
Se mató gente cristiana...

(Pausa).

Voltead, hermanos, la tienda:
Mi alma ya a Dios va a volar,
Y quiere, al irse, mirar,
La selva de su leyenda...

(Montemayor, Juan y otros soldados, maniobran con las telas de la tienda, dejando descubierta la figura del héroe en su lecho. Este se halla a dos palmos del suelo cubierto por pieles de puma y de venado. Don Diego irgue el busto, de cara al público, la faz pálida, los ojos alucinados. A su vera, arrodillada, la cabeza inclinada por el dolor, silenciosa, de frente, con las manos juntas, en gesto implorante, aparece Catalina; y del otro lado se ve al Padre Galán, de pie, con su crucifijo en alto. Don Diego pasea la mirada por la multitud y fijándola alternativamente en don Francisco y don Felipe que lo miran como en un sueño, absortos, continúa su confidencia, con voz casi póstuma).

DON DIEGO

Hora no es de combatir;
No hagáis con las armas duelos:

Clamando están a los cielos,
Duelos del mucho sufrir.

¡No riñáis ya nunca!... ¡Nunca!...
Servid con amor a Dios,
Y acabad, de mi alma en pos,
La empresa que hoy queda trunca.

Marchad, marchad por la agreste,
Pampa que al sur se dilata:
Que allá mi Elelín de Plata
Brilla en el confín celeste...

(Don Diego ha dicho su oración, interrumpiéndola con gestos de dolor y de fatiga cada vez más angustiosos, hasta quedar inmóvil. Después de un breve silencio, en que pareció contemplar las quiméricas lejanías del bosque nocturna, se desvanece y, bruscamente, cae de espaldas, rígido. Catalina tomándole de su mano, comienza a sollozar. El Padre Galán lo bendice, le pone el crucifijo sobre el pecho, y adelantándose, ante la gente absorta, dice con voz grave):

EL PADRE GALÁN

Gentes del Rey de Castilla,
Hermanos en Jesucristo:
Diego de Rojas ha muerto.
Por él oremos.

VOCES

Oremos.

(Todos se persignan e inclinan la cabeza. Entre los rumores de la breve plegaria, palpitan los sollozos de Catalina, trágicamente inclinada sobre el cadáver. El Padre Galán se pone de pie. Todos se levantan, menos Catalina. Las miradas vuelven a resplandecer de impaciencia iracunda).

EL PADRE GALÁN

Dona eis requiem
Dona nobis pacem.

(Los soldados se acercan al cadáver de Don Diego, y exclaman con sincera emoción):

DIVERSAS VOCES

—Duerma en la paz del Señor...
—Que Dios lo tenga en su reino...
—¡Brazo de Santiago Apóstol!
—Boca que gritaba "A ellos"!
—Cristo y el Rey necesitan
De caballeros como éstos!

(Don Felipe se adelanta para dar su último vale al amigo; Catalina, pálida, se incorpora y lo abraza. La gente al verlos estalla en incontenibles gritos, entre cuyo rumo vale al amigo; Catalina, pálida, se

UNA VOZ

—Muera ¡Muera el criminal
Que dió ponzoña a Don Diego!

OTRAS VOCES

—¡Al fuego la bruja! ¡Al fuego!
—¡A la horca el hombre fatal!

(Don Felipe y Catalina, ambos de pie, miran con serenidad desafiante aquel estallido de furor).

CATALINA

(Que ha visto gritar a Rodrigo).

¿Ah, Rodrigo: tu también?

(Rompe a llorar como ante la evidencia de una fatalidad irreparable).

DON FELIPE

¿Juan: tú también me abandonas?

DON FRANCISCO

(Dominando el tumulto con un gesto resuelto y con un fuerte grito marcial).

¡Prended las viles personas!

(Varios soldados se precipitan sobre Don Felipe y Catalina, atándole a éste por la espalda las manos. Rodrigo toma la espada de Don Felipe, después de estar atado, y él mismo junta las manos de Catalina para que se las amarren. Mientras esto se realiza:

DON FRANCISCO

(A voz en cuello).

¡Amarradlos!

RODRIGO

(Entre los resuellos de la soldadesca y apartándose de los prisioneros).

¡Eso!,... ¡Bien! ...

EL PADRE GALÁN

(Que ha permanecido junto al cadáver de Don Diego, dice en el silencio que sigue a la tarea concluída):

¡Cuidado, que el muerto os mira!

TELON

ACTO TERCERO

LA acción ocurre en el mismo lugar de los dos actos anteriores, pero fuera del campamento español que acaba de ser levantado, para seguir la marcha hacia el Río de la Plata, al mando de don Francisco de Mendoza, que se ha erigido general de la expedición. Es la hora del alba, bajo una luz rosada y azulada, antes de salir el sol. A lo lejos se ve una abra de pampa; en el cielo brillan la luna y las estrellas pálidas a la hora del amanecer. A los lados, hay árboles y por entre ellos, puede pasar la gente. En medio de la escena, álzase la "ermita" de Don Diego: un túmulo, armado con tierra, troncos y ramas. La tumba, de casi un metro de altura, es accesible por detrás, y la corona una gran cruz del tamaño de una persona.

ESCENA PRIMERA

JUAN, MONTEMAYOR y después RODRIGO

(Junto a la tumba de Don Diego, entre árboles y matorrales. Juan aparece sentado al pie del túmulo, en actitud meditativa, mientras Montemayor, de pie, arregla unas ramas, a un lado).

MONTEMAYOR

(Dejando concluída su tarea).

Doscientos éramos, Juan...
¡Y ya la mitad se han muerto!

JUAN

Cuando del Perú partimos
¡Cuánta gente y cuántos sueños!
¡Cuánta ilusión de fortuna
Que hoy es ceniza del tiempo!

MONTEMAYOR

(Contemplando el sepulcro).

¡Quién diría que esta tumba
Guarda el cuerpo de Don Diego!

JUAN

Dolor será la noticia
Cuando se enteren sus deudos.

MONTEMAYOR

Dicen que Helena, la niña.
Está en el Cuzco.

JUAN

Eso creo.

MONTEMAYOR

Fatalidad, ¡cómo truncas
Los terenales empeños!

JUAN

¡Rostro que encendió el coraje!
¡Brazo que animó el denuedo!

(Quedan ambos pensativos, mirando el cielo).

MONTEMAYOR

No tardarán en llegar.
Ya las estrellas su fuego
Van apagando en la sombra
Y al ocaso, el paso lento
Inclinan.

JUAN

¡Mira qué hermoso
Luce allá abajo el lucero!

MONTEMAYOR

Parece un claro diamante.

JUAN

O una lágrima del cielo.

(Señalando con el dedo en torno las constelaciones).

MONTEMAYOR

Las Cabrillas... Las Marías...

JUAN

La Cruz del Sur...

MONTEMAYOR

¡Oh, misterio!

JUAN

¿Porqué será que esa Cruz
Allá en Europa no vemos?

(Pausa breve, que interrumpe un toque de clarín que llega del monte cercano).

MONTEMAYOR

¿Oíste sonar el clarín?

JUAN

Lo he oído.

MONTEMAYOR

Es ya el momento.
Vendrán todos para darle
Su último vale a este cuerpo,
Y después, según se dice,
La jornada seguiremos,
Con nuevo rumbo hacia el Sur,

Buscando el soñado reino
De aquella Ciudad de Plata,
Que tanto soñó Don Diego.

JUAN

¿Vendrá también don Felipe?

MONTEMAYOR

Vendrá también, aunque preso.

JUAN

¿Y Catalina de Enciso?

MONTEMAYOR

Ella también...

JUAN

¿Los dos juntos?

MONTEMAYOR

Ambos son convictos reos
Del crimen que perpetraron,
De la traición que le hicieron.

(Pausa).

Villano delito ha sido...
Tanto, que apenas lo creo.

JUAN

Dices bien, Pablo.

MONTEMAYOR

Sí. Pudo
La ambición de mando, el miedo
A Don Francisco, la envidia
Que sentía por Don Diego,
La quimérica esperanza
De hallar para sí un imperio,
La duda, el amor, la gloria,
Todo ello junto, perderlo...
Pero yo confieso, Juan,
Que su crimen no comprendo...
¡Matar, no a espada: a veneno!
Y matar a un hombre justo,
A quien Dios tenga en su reino...
Admiré yo en Don Felipe
Su bondad y su denuedo;
Pero ha sido atroz el crimen,
Y defenderlo no puedo.

(Termina la frase con un gesto de indignación e incredulidad).

JUAN

Dicen que ya en el Perú,
Anduvo tramas urdiendo,
Ante el licenciado Castro,

Para quitarle a Don Diego
Esta conquista...

MONTEMAYOR

Es posible.

JUAN

Además, el triste ejemplo
De los Pizarros y Almagros,
Cuando la guerra encendieron,
Después de matar al Inca,
Pudo, asimismo, perderlo.

MONTEMAYOR

Yo no sé. Pero ese crimen

(Con gesto de duda y mirando de soslayo a Juan).

(Si es que tal crimen es cierto)
Parece, Juan, de esas cosas
Que pone el diablo en el pecho
De una mujer... (Porque el diablo
Y la mujer son lo mesmo)...
Y tales cosas se han visto
Desde los tiempos más viejos,
Que anda en romances la historia
De otras mujeres que hicieron,
Por sus pasiones de amor,
Arder la paz de los reinos!

JUAN

Quizá alguna vez podamos
Ver algo claro en todo ésto.

(Ambos quedan meditabundos. Por el misterioso sendero que cruza el bosque y llega al lugar, viene alguien cantando la siguiente canción, cuya letra se percibe clara, en la tonada triste, con un dejo de canto andaluz y de canto indígena).

LA VOZ DE RODRIGO

Caminito de la selva,
Que llevas yo no sé adónde,
Llévame a donde tú quieras,
Bajo el manto de la noche.
Ay, vida mía,
Penando voy.

(Mientras la copla se oye, ambos soldados han estado mirándose y escuchando el canto con embeleso).

JUAN

¿Qué canto es ese que se oye,
Como un canto de dolor?

(Se oye de nuevo el canto).

LA VOZ DE RODRIGO

Pareces cosa embrujada,
Tan blanco entre las tinieblas,

Y dicen abracadabra,
Las ramas que el viento quiebra...
Ay, vida mía,
Penando voy.

MONTEMAYOR

Esa es la voz de Rodrigo...

JUAN

Creo también que es su voz...

LA VOZ DE RODRIGO

Si en la noche es un camino,
La Vía láctea del cielo,
Tal vez eres, caminito,
La Vía láctea del infierno.
Ay, vida mía,
Penando voy.

(Se levantan Juan y Montemayor y van hacia el foro para ver y escuchar mejor).

LA VOZ DE RODRIGO

Con el farol de la luna
Quiero ver si quedan rastros
De las alas de la mula

Que tiene hechizada el diablo.
Ay, vida mía,
Penando voy.

(Montemayor y Juan escuchan atentos la voz cada vez más cercana).

RODRIGO

Yo guardaré tu secreto,
Y tú guardarás el mío;
Si en tus andanzas yo muero,
Será secreto infinito.
Ay, vida mía,
Penando voy.

(Pausa breve, como si se esperara nueva copla. El hombre que venía por el campo ha cesado de cantar).

MONTEMAYOR

Era la voz de Rodrigo.

JUAN

Esa es su voz.

MONTEMAYOR

Sí, su voz.
Es un manantial de coplas
La boca de ese bribón.

JUAN

(Con sorna).

Dicen que también inventa:
Que canta lo que inventó...

MONTEMAYOR

Puede ser.

JUAN

Así parece.

MONTEMAYOR

¡Vaya un juglar!

JUAN

Sabe Dios
De donde salió este pícaro
Que a las Indias se pasó.

MONTEMAYOR

Bien sabes que a este orbe pasan
Gentes de toda afición.

JUAN

...Y parecía un lamento
La copla de su canción,
Allá, flotando en la noche...

MONTEMAYOR

Penas tendrá el trovador.

JUAN

Siento pasos en la hierba.

MONTEMAYOR

¡Rodrigo!...

JUAN

Es él...

RODRIGO

(Entrando).

Dios os guarde.

(Transición).

¡Oh, la ermita de Don Diego!

(Se inclina ante ella).

JUAN

¿La hueste ya se aproxima?

RODRIGO

Cerca están.

MONTEMAYOR

Vamos a verlos.

(Los tres se acercan al foro, mirando al campo).

JUAN

¿Ya se levantó el real?

RODRIGO

Movióse ya el campamento.

MONTEMAYOR.

¿Vienen todos?

RODRIGO

Todos.

JUAN

¿Vienen
También los dos prisioneros?

RODRIGO

Sí.

MONTEMAYOR

¿Marcharán con nosotros?

RODRIGO

Ya don Francisco ha resuelto
Que los dos vuelven al Cuzco.

JUAN

A morir de hambre por esos
Andurriales del demonio,
Por donde tantos murieron.

RODRIGO

Tal vez, Juan; más yo también
Iré a dejar estos huesos,
Por esos campos del sur,
A donde nos lleva un sueño...
Yo a don Francisco le dije
(Propasándome con ésto)
Que entre nosotros dejara
A la Enciso, por lo menos...
¡Al fin, es mujer, la pobre!
Y todo buen caballero,
Debe a una mujer guardarle
Caridad y miramientos...

MONTEMAYOR

¿Créis que lo hará?

RODRIGO

No lo creo.
La falta ha sido muy grave...
¡Dar ponzoña al gran Don Diego!

MONTEMAYOR

Cierto es... ¿Pero se ha probado
Que ella le diese veneno?

RODRIGO

Yo no he fallado en el juicio,
Que no soy juez de tal fuero.
Don Francisco es el que juzga,
Y el que falla. Y ya lo ha hecho.

(Se oye un redoble de atabales a la sordina).

MONTEMAYOR

Pero escuchad: se oyen voces...

JUAN

Rumor de cascos y frenos...

(Todos miran el camino, viendo la cabalgata y el convoy que llegan).

RODRIGO

Ya el real se ha levantado,
La hueste marchando va;
Don Francisco la acaudilla
Como nuevo general;
Con la cruz viene a su diestra,
Rezando, el padre Galán;

Y a la siniestra el alférez,
Que ostenta el pendón real;
Cien caballeros los siguen,
Sirviendo a su majestad
El Rey, y a la fe de Cristo,
Que por su ley morirán;
Al tascar suenan los frenos,
Y los cascos al trotar;
Los arneses vienen rotos
De tan largo cabalgar;
Los rostros vienen curtidos
Por el sol y el vendaval;
Las armas brillando vienen
Con ansias de pelear:
Picas, lanzas, banderolas,
Sobre las cabezas van;
Arcabuces y ballestas,
Bajos los puños están;
A la vanguardia caminan
Diez indios del Tucumán;
Y a la zaga diez peones,
El convoy cuidando van.
Don Francisco descabalga,
Bien oiréis lo que el dirá:
Viene a saludar la tumba
De Don Diego el General,
A quien los indios hirieron,
Y a quien mató un criminal.

(El grupo de los tres soldados recibe a Don Francisco, que entra con espada en mano, seguido del Alférez que trae el pendón, con las armas de Castilla con el lemas: PLUS ULTRA *y del padre Galán, que trae un pequeño crucifijo, como el romance lo describe. Junto al Padre Galán, otro pendonero ostenta un estandarte con la figura de San Santiago y el lema:* SOLI DEO GLORIA*).*

VOCES AFUERA

¡Viva el Rey!

DON FRANCISCO

(Entrando).

—¡Ave María!

(Don Francisco se arrodilla ante la tumba de Don Diego, en tanto van entrando los demás soldados y cinco indios amigos, Camanico entre ellos. El grupo se acomoda decorativamente, al fondo y a los lados. Camanico se acerca a la tumba, junto con el Alférez, que prosterna el pendón).

EL ALFÉREZ

Aquí, Don Diego, por fin,
Descansa de su carrera
En esta morada austera,
Digna de tal paladín.
Nació en Burgos, torreón,
En cuyas almenas brilla,
La tradición de Castilla,

Prez del orgullo infanzón,
Y allá en el páramo fuerte,
Que un viento mortal enfría,
Aprendió su gallardía,
Las traiciones de la muerte.

(Pausa. El grupo se reordena para el rezo. Don Francisco envaina su espada, y se coloca a un lado de la tumba).

DON FRANCISCO

(Al Padre Galán).

Padre, empezad vuestro oficio.

(El Padre Galán, al otro lado del túmulo, dando frente al público y a la muchedumbre que se arrodilla. A un costado, entre los árboles, un escudero tiene las armas y el caballo alazán de Don Diego).

EL PADRE GALÁN

(A Don Francisco).

¿Pueden los reos entrar?

DON FRANCISCO

(Desganado).

Si los que hacen maleficio
Pueden al muerto rezar:
Vos diréis...

EL PADRE GALÁN

(A Montemayor).

Hazlos pasar.

(Pausa. A Don Francisco).

Ayer negaron los dos,
En la confesión que hicieron,
Que tal crimen cometieron.
Inocentes ante Dios,
Si es que la verdad dijeron,
(Según lo creo en conciencia),
Pueden su rezo elevar...
Yo dejo a Dios su sentencia,
Como creí justo dejar
Para el brazo secular,
La que dictó vuestra ciencia.

DON FRANCISCO

(Impaciente).

Bien está... Podéis seguir...

(Entra Montemayor, que acompaña con su gesto sencillo y noble a Don Felipe, éste con las manos atadas a la espalda, sin espada ni casco, y a Catalina, con las manos ceñidas por adelante, el cabello suelto, muy pálida. La multitud se sobrecoge al verlos. Catalina trae un puñado de flores silvestres apenas sostenidas en su pecho por las manos presas; da unos pasos torpes, derrama las flores en la tumba y cae arrodillada, sollozando).

DON FRANCISCO

(Después de oír un secreto de Rodrigo, a Montemayor).

¿Cómo ha podido esas flores
Coger con las manos presas?

MONTEMAYOR

General, perdón... Las flores
Yo se las dí.

DON FRANCISCO

Gentilezas,
Usáis con tales traidores!...

(Montemayor se inclina avergonzado, confundiéndose con la muchedumbre).

Padre Galán, ya la hora
De irnos de aquí se demora...
¡Empezad!

EL PADRE GALÁN

Empiezo... Vamos
A orar por el que dejamos.

(La multitud arrodillada se persigna y murmura una plegaria en cuyo rumor se percibe a ratos, en labios del Padre Galán, las palabras que siguen):

Pater Noster aquí est in Coelo
Santificetur nomen tuum,
Adveniat regnum tuum,
Fiat voluntas tua
Sicut ni coelo et in terra.

Panem nostrum quitidianum
Da nobis hodie
Et dimitte nobis debita nostra
Sicut nos dimittimus
Debitoribus nostris.
Et ne nos inducas in tentationem
Et libera nos a malo.
Requiescat in pace.
Amén.

VOCES EN LA MULTITUD

—Amén.

—Amén.

(Al concluir la plegaria, se siente el rumor de armas de los que se levantan. Todos vuelven a estar de pie, menos Catalina, que con el cabello suelto, el rostro desencajado, la falda raída, permanece arrodillada, con las manos ceñidas. A su lado, de pie, también atado y sin armas, Don Felipe Gutiérrez, con gesto altivo. Cerca de él, el Padre Galán. A este grupo, ha de oponerse al frente, dejando en medio la tumba, el grupo de Don Francisco, Rodrigo y el Alférez, con el pendón. A ambos lados, y al fondo, la muchedumbre. Hay un silencio embarazoso. Todos presienten que algo terrible se aproxima).

CATALINA

(Con voz implorante).

¡Don Francisco, por favor!

DON FRANCISCO

(Indiferente a ella, imperioso).

Es hora ya.

(A la tropa).

Juramento
Quiero que en este momento
Hagáis.

RODRIGO

Lo haremos, señor.

DON FRANCISCO

Gutiérrez se halla impedido
Por su delito excecrado,
De todo derecho al mando;
Y de él, despojado ha sido.

(Rumoreos, y actitud de contenida fiereza en Don Felipe).

Según las mandas del muerto,
Que constan en este pliego,

(Muestra un papel, que se supone sea el testamento de Don Diego).

Debo, en muerte de Don Diego,
Tomar sus obligaciones.

(Pausa).

Antes de dejar aquí,
La tumba donde él reposa,

(Señalando el túmulo).

Yo, Francisco de Mendoza,
Tomo el mando para mí.

(Con voz más solemne).

Gentes del rey de Castilla,
Juráis de toda verdad,
Por Dios y Su Majestad,
Y por su honor sin mancilla,
Como aquí lo proclamamos,
Obedecerme en el real,
Por único general
De esta empresa?

VOCES A CORO

¡Lo juramos!

(Rumores de alegría y de turbación en la hueste).

CATALINA

(Implorante y arrodillada).

Don Francisco, por favor.

DON FRANCISCO

(Desoyendo a Catalina y dominando los rumores de la soldadesca).

En uso de este mandato
Dispongo que de inmediato,

Sigamos en paz y honor,
Y que la empresa afrontemos,
Buscando el país de encanto
Que Don Diego buscó tanto.
En sus arrestos supremos.
Mando que Rodrigo el fiel
Con los hombres que él disponga,
Al punto en marcha se ponga
Hacia el Perú y que con él
Lleve a Felipe Gutiérrez,
Y a Catalina de Enciso.

UNA VOZ

¡Por fin justicia se hizo!

OTRA VOZ

¡Que un buen grillo al pie le aferres!

CATALINA

(Desesperada).

¡Don Francisco: por favor!

DON FRANCISCO

(Desdeñoso).

¿Qué quieres?

CATALINA

Ser escuchada;
Por Cristo, Nuestro Señor!

DON FRANCISCO

¡Ya lo fuiste!

(Retirándose).

CATALINA

¡Oidme!

DON FRANCISCO

¡Nada!

CATALINA

Por la Cruz de Jesucristo;
¡Juro que fuí calumniada!

(Don Francisco al oír su voz, de un acento angustiosamente sincero, se detiene, sin osar mirarla, mientras la soldadesca, por primera vez, siente pasar la sombra de una duda).

Juro que nadie me ha visto
Dar veneno al General,
Cual decís.

(Termina la frase con voz desalentada, y casi sollozando).

DON FRANCISCO

(A la gente).

Si me resisto
A escuchar su voz fatal,

Es que ya juzgados fueron,
El crimen y el criminal...

(Silencio. Catalina, que yace en tierra, se endereza de nuevo, siempre arrodillada, levanta sus manos presas a la cruz del sepulcro, y prorrumpe en la siguiente oración, bañada por la luz inquietante del alba. Sus ojos alucinados, parecen ver a Cristo).

CATALINA

Jesús: Por ti a quien prendieron
Los sayones de Pilatos,
Y de ignominia cubrieron,
Los cobardes arrebatos
De la plebe en el pretorio;
Por tus amigos ingratos,
Por tu proceso irrisorio;
Por los clavos de esa cruz
Que fuera lecho expiatorio
De ajeno crimen, Jesús:
Ven y alumbra al juez maldito,
Señor de la Excelsa Luz.

(Cae dulcemente y vuelve a erguirse con frenesí).

Inocente del delito
Del que no sé quien me acusa,
Lanzo en un supremo grito,
Mi maldición al que abusa
De su fuerza y de su mando,

Y el alma torpe o ilusa,
Que me acusó, diga cuándo
Me vió perpetrar el crimen —

(Mira desafiante a todos y luego, como si hablara consigo misma, la voz ronca):

El falso crimen nefando
Por el que hoy dos almas gimen...

RODRIGO

Está loca.

DON FRANCISCO

Sí.

EL PADRE GALÁN

¡Quién sabe!

RODRIGO

Perdió la razón.

UN SOLDADO

Ya veo.

JUAN

¿Perdió el juicio?

MONTEMAYOR

No lo creo.

DON FRANCISCO

(A Rodrigo).

Sacadla ¡Que ésto se acabe!

(Varios hombres intentan asirla, y al oír su maldición van retirándose de ella. Rodrigo se detiene al notar un gesto compasivo en el Padre Galán, y al advertir en los ojos de Catalina una siniestra iluminación, como si la verdad acabara de aparecérsele).

CATALINA

(De rodillas, con voz trágica; las manos ya libres de sus ataduras).

Don Francisco: ¡te maldigo!
Y oye mi gran maldición:
—Que al comer se te derramen
Los dientes en un monton;
—Que cuando de sed prescas,
No halles agua bajo el sol;
—Que se te quiebre la espada,
Cuando asaltes con furor;
—Que la mujer a quien beses,
Te pegue un morbo traidor;
—Que escupas el crucifijo,
Si te dan la Extremaunción;
—Que tu madre se enloquezca
Persiguiéndote de horror;
—Que muertos nazcan tus hijos,
Con lepra en el corazón;

—Que cuando mueras, tu cuerpo
Quede insepulto en su hedor!

(Pausa, y más lentamente, como desahogada de su odio).

Don Francisco: eso te digo,
Y oye mi gran maldición:
Los daños que hacen los hombres,
Devuelve a los hombres Dios!

(Catalina cae desfallecida por la emoción y el esfuerzo. Don Francisco ha ido abrumándose hasta el amilanamiento, mientras oía aquella voz terrible; Rodrigo ha desaparecido en el gentío, y la multitud, que ha ido retirándose espantada, como para alejarse del maleficio, vuélvese bruscamente sobre la mujer atribulada, gritando contra ella).

VOCES EN LA MULTITUD

(Entre un rumor de furia y de espanto):

—¡Se hizo pacto con Luzbel!
—¡Con Satanás se hizo pacto!
—¡A la horca!
—¡Al fuego, en el acto!
—¡Ella al fuego!
—¡A la horca, él!

(Catalina yace en tierra, de bruces, sollozando. El Capitán Gutiérrez mira silenciosamente. El Padre Galán reza).

UN SOLDADO

(Saliendo de la muchedumbre, desarrapado, plebeyo, de rostro siniestro y bestial).

Seor Capitán Mendoza:
Yo sé un conjuro que oí
Cuando allá en Triana viví,
Y es bueno para esta moza...
Es un conjuro mayor,
Para alumbrar los misterios,
No hay trampas ni gatuperios
Que valgan contra él, señor.

VOCES EN LA MULTITUD

—¡Que lo diga!
—¡Que lo diga!

EL PADRE GALÁN

¡Son exorcismos paganos!

EL SOLDADO

Lo aprendí de unos gitanos...

EL PADRE GALÁN

(Desdeñoso).

¡Vaya una noble cantiga!

CONJURO DEL SOLDADO

(Dirigiéndose a Catalina y haciéndole cuernos con los dedos).

A un monte negro llegué,
Y de sus nidos saqué,
Tres huevos negros:
Uno es para Satanás,
Otro es para Barrabás,
Y el tercero lo sabrás:
A este lo comió la Bruja
Que yace bajo la Luna
Con el Cabrón;
Y al venir el Sol,
Muere el Escorpión,
Chilla el Lechuzón,
Silva el Culebrón...

(El soldado hace una diabólica pirueta y desaparece; algunos hombres, furiosos, se precipitan sobre la mujer. Esta, de un salto, huye detrás del túmulo, y reaparece, de cara al público, al amparo de la cruz, en lo alto de la tumba).

CATALINA

(Desde lo alto, dirigiéndose al soldado).

De nada vale, malvado,
Tu miserable conjuro,
Si el que lo dice no es puro...

EL SOLDADO

¡Yo en tu cuerpo no he pecado!

DON FELIPE

¡Malvado!

UNA VOZ

¡Ramera!

UNA VOZ

¡Bruja!

CATALINA

(Que con esfuerzo ha hecho saltar las ligaduras de sus manos, se abraza a la cruz).

¡A mí me ampara esta Cruz!

(El cuadro es de una belleza mística y trágica: al fondo la selva, el cielo del amanecer, las agonizantes estrellas; en lo alto Catalina, como una de las mujeres del Calvario; abajo en torno, la multitud desconcertada. Catalina continúa, mientras va saliendo el sol y un resplandor la ilumina).

Y ese infernal sortilegio,
Tan sólo es un sacrilegio,
Frente a la Divina Luz;
Luz que es ya el excelso fuego

De la Verdad profanada,
Sobre esta tumba sagrada
Donde nos oye Don Diego!

VOCES

—¡Al fuego!
—¡A la bruja!
—¡Abajo!

(Algunos hombres, furiosos, rodean el túmulo con intención de subir a él para bajar a la mujer empecinada. Una parte de la multitud, vacila ya, o simpatiza con Catalina atormentada. Esta se ha abrazado estrechamente a la cruz, en un bello cuadro, como crucificada ella misma).

CATALINA

Si osáis bajarme, villanos:
O me cortaréis las manos,
O la arrancaréis de cuajo.

(Estupor en toda la hueste).

¡Subid! ¡Tranquila os espero!
¡Veremos quién es más fuerte!
¡Ya nada temo a la muerte,
Si asida a este signo muero!

(La turba se retira amedrentada, en torno del túmulo, presa de un religioso silencio. Algunos se inclinan, dejando caer los brazos, anonadados por una fuerza oculta que gravita ya sobre las almas).

EL PADRE GALÁN

(A Don Francisco).

Capitán: es imposible
Seguir así... Ya no hay duda
De que la Divina Ayuda
La ampara... Es orden visible
Del Cielo, que aquí la oigamos...

DON FRANCISCO

(Turbado, pero altanero).

Consiento, padre Galán...

EL PADRE GALÁN

Es prudencia, Capitán...
Con esta riña turbamos
La paz de un muerto que vos
Habéis amado en sus días
Y cuyas cenizas frías
Piden reposar en Dios.
Si este ruego no escuchamos
Corremos riesgo fatal,
Que ha de traer mayor mal
A la conquista en que andamos.

DON FRANCISCO

(Reflexivo, y después de una breve pausa, con voz resuelta).

Vos, Catalina de Enciso,
Podéis segura bajar...

(Catalina desciende y viene jadeante al lado de Don Felipe y del Padre Galán, Montemayor y otros).

RODRIGO

(Aterrorizado, a Don Francisco).

¿Qué hacéis?

DON FRANCISCO

Yo lo sé.

RODRIGO

(Precaviéndose).

¡Pensar!

EL PADRE GALÁN

(Aparte).

La cruz el prodigio hizo.

DON FRANCISCO

(Mirando a Don Felipe).

A vos, Don Felipe, os toca
Hablar, si sois inocente.

DON FELIPE

(Altivo y seco).

Guarda su honor, un valiente,
En el pecho, no en la boca.

DON FRANCISCO

Hablad, que con el silencio
Nada podréis conseguir.

DON FELIPE

Yo no acostumbro a pedir,
Y sólo a Dios reverencio.

DON FRANCISCO

—¡A Dios!... Y al Rey... Por su ley
Mando aquí... Calmad la furia.

DON FELIPE

Me habéis hecho grande injuria,
E injuria más grande al Rey.
(Pausa).
No pide un buen castellano
Que le desatéis la lengua,
Si haciendo a su raza mengua,
Le atáis la elocuente mano.
Aunque vos mi boca cierreis,
Hay aquí otra voz que clama,
Y en su inocencia proclama,
La de Felipe Gutiérrez.
Vano es, Don Francisco, que hable
Quien ya justicia no espera:
Dadme la espada certera
Que me robó un miserable!

(Todos miran a Rodrigo, que baja los ojos humillado).

DON FRANCISCO

Si en disputar insistis,
De vuestras voces deduzco,
Que deseáis volver al Cuzco...
¡Y yo mando en el país!...

(A Catalina).

Vos, Catalina: escuchad.

(Catalina, de pie, ya más serena, mirándolo de frente).

Hablad sin odio y con calma.
Yo, desde el fondo del alma,
Juro que hablaré verdad.

CATALINA

Bien... ¿Juráis haberme visto
Dar a Don Diego el veneno?

(Pausa).

DON FRANCISCO

Con el ánimo sereno,
Juro por Dios: No os he visto.

(Sensación).

CATALINA

Por Dios y por Jesucristo
¿Juráis decir quien me vió?

DON FRANCISCO

(Con acento que procura se familiar y sereno, pero con el gesto borroso de quien divaga para eludir la respuesta).

Señora, en el campamento
Como voz que trae el viento,
La voz, de pronto, cundió...
No sé decir quien os vió;
Pero os hacían reproche
De traición aquella noche;
Y el motín nos arrastró...
De su herida de la flecha,
Don Diego mejor estaba,
¿No es verdad?

(Catalina hace una señal de asentimiento).

Y se esperaba
Tener su salud rehecha...
Pero cundió la sospecha
De que algo nuevo pasaba
En su mal, cuando le vimos,
De pronto, en gran calentura;
Entonces, todos tuvimos
Justa inquietud y amargura...
Y de esa inquietud nació
La sospecha que cundió,
Veréis cómo... Sus delirios,
Sus ayes, sus contorsiones,
Sus llantos, sus convulsiones,
Sus fiebres, fueron martirios

Para él, y para todos
Nuevo mal inesperado...
Cuidando de varios modos
La vida del jefe amado,
Lo pasabais junto a él,
Velando de noche y día,
Las horas de su agonía
Que fué tan larga y cruel.
Cuando el primer signo extraño
De su nuevo mal se vió,
Toda la gente pensó
Que le hubieran hecho el daño...
De la ponzoña se habló...
De veneno eran señales
Las que había; y una vez
Que se agravaron sus males,
Se pensó si el interés
De Don Felipe en su muerte,
No pudiera ser tan fuerte
Que os indujera al delito,
Porque sabemos, señora,
Que Don Felipe os adora,
Con un amor infinito;
Pero sabemos también,
Que vos le amáis de tal modo,
Que se os cree capaz de todo
Por lo que juzguéis su bien...

(Pausa).

CATALINA

Larga relación es ésta,
Y mi pregunta fué breve...
Respuesta de labio aleve,
Siempre fué larga respuesta...
Si me visteis pregunté:
Me respondistéis que no.
Pregunto si alguien me vió,
Y habláis, habláis... No esperé
De vos, señor Capitán,
Una relación tan larga...
Más creo que algo os embarga
Y que algo calláis... Están
Aquí los que en la asonada
Gritaron: La bruja, al fuego!
Dándole al triste Don Diego
Tristeza nunca igualada;
Y a mi Felipe un baldón;
Y a mí, infamantes dolores...

(La voz sombría).

Otros fueron los traidores
Si es que tuvimos traición.

(Mira a Don Francisco y a Rodrigo; luego pasea los ojos por los demás y dice con voz implorante):

Decidme, gente cristiana,
Que comprendéis mi amargura,
Si alguno me juzga impura;
Si alguien me creyó villana;

Si quien a las Indias vino
Por un amor inefable,
Es ramera miserable,
Y es bruja de un mal destino.

(Silencio. Con voz segura).

Tú, Rodrigo, que una tarde
Me confesaste tu amor:

(Don Felipe crispa los puños. La hueste apartándose de Rodrigo, con indignación y sorpresa.)

Tú que conoces mi honor...
¡Habla tú!

DON FELIPE

¡Calla el cobarde!

(Como Rodrigo permanece mudo, El Alférez, en un arranque de ingenua honradez, salta y grita):

EL ALFÉREZ

Pues bien: si Rodrigo calla
Cuando hablar puede Rodrigo,
Yo ante la Cruz, juro y dijo:
¡Rodrigo ha sido el canalla!

CATALINA

¡Ah!, ¡el hombre vil!

(Indignado, y mientras Don Francisco hace ademán de calmarlo, dirigiéndose a Rodrigo).

EL ALFÉREZ

Si esparcite
Por el real la leyenda
De haber espiado en la tienda
Viendo lo que diz que viste.
¡Habla ahora!

RODRIGO

(Con voz apagada).

¡Nada ví!

DON FELIPE

¡Ah, perverso!

CATALINA

¡Ah, vil!

MONTEMAYOR

¡Perverso!

EL ALFEREZ

¡Nos ha engañado el converso!

JUAN

¡Nos engañó el maladí!

RODRIGO

Nada vi... Si hubo mentira,
Fué una mentira de amor...

(Catalina, inopinadamente, arranca la espada de Rodrigo, y luego se precipita sobre él como un rayo, hiriéndolo en el cuello. Don Francisco y el Padre Galán se han interpuesto para evitar el golpe, ineficazmente. Al ver a Rodrigo con el cuello sangrante, la multitud queda atónita. Catalina está de pie en mitad de la escena, con la espada en la mano, temblorosa, mientras Rodrigo se desangra, mirándola con sus grandes ojos tristes. Varios soldados sacan de escena al herido).

CATALINA

(A Rodrigo, que sale de la escena llevado por sus comaradas).

Callé tu ofensa a mi honor
Por la paz de la mesnada;
Mas un día con tu espada,
Yo te amenacé, traidor.
No hubo en el real más veneno
Que el de tu lengua, capaz
De toda infamia, y la paz
Turbó tu lengua de cieno.
Lo que te dije he cumplido.
Justicia fué... ¡No venganza!
Y en este horror se me alcanza,
Que es la Verdad quien te ha herido.

DON FRANCISCO

(A Montemayor, señalando a Don Felipe).

¡Desatadle!

(Dejan libres las manos de Don Felipe y Don Francisco lo estrecha en sus brazos).

¡Oh, paz deseada!
¡A mis brazos, Don Felipe!

DON FELIPE

¡Que Dios nuestro mal disipe!

DON FRANCISCO

Aquí tenéis vuestra espada.

(Catalina le entrega la espada).

Prosigamos la jornada
Del Elelin que Don Diego
Creyó ver en su agonía.
Partid.

(Ordenando al Alférez, que sale con el pendón seguido de la hueste).

DON FELIPE

¡Partamos!

(Salen el Padre Galán y los restantes soldados, en silencio, hasta que no quedan en escena sino los dos Capitanes y Catalina en medio de ellos. Don Felipe, después de abrazar a Catalina, sale por el foro).

Ya el día
Viene con su hachón de fuego,
Alumbrando en el oriente,
A Elelín, Ciudad de Plata,
Que en el confín se dilata...

DON FRANCISCO

¡Adiós, Don Diego el [illegible]mente!

(Se inclina sobre la tumba y sale).

CATALINA

(En la escena desierta y contemplando la cruz sobre la tumba).

Todos vamos a Elelín,
Tierra de dolor y ensueño...
Y de este afán, quedan sólo,
Como reliquias del tiempo:
Las tumbas en los caminos,
Los nombres en el recuerdo...

TELON

FIN DEL DRAMA

NOTAS

ADVERTENCIA

Este drama es la teatralización de la muerte del conquistador don Diego de Rojas, tema que inspiró el primer capítulo de mi primer libro en prosa, EL PAÍS DE LA SELVA, *escrito hace veinticinco años y publicado en 1907. Con sólo mencionar estas fechas y estos nombres, digo con cuánta intimidad y antelación vincúlase este asunto a mi vida y a mi labor intelectual. El descubrimiento de Santiago y la muerte de su descubridor a manos de los aborígenes, habían sido contados desde el siglo XVI hasta el XIX por casi todos los cronistas coloniales: Santa Clara, Fernández, Herrera, Cieza, Ruy Díaz, Lozano, Guevara, etc., y había entrado después, como tema escolar, en los manuales de historia; pero el captíulo de mi* PAÍS DE LA SELVA *intitulado* LA CONQUISTA, *fué la primera tentativa de referirlo con intención literaria y de trasuntar su emoción épica, en una imaginaria evocación del escenario y de sus actores. Posteriormente, en un artículo publicado en el periódico intitulado* SANTIAGO DEL ESTERO, *de la ciudad de este mismo nombre, el 9 de Julio de 1918, y reproducido por la revista* BABEL *de Buenos Aires en Mayo de 1921, destaqué la figura de* CATALINA DE ENCI-

so, *y puse como título de aquel artículo el nombre casi desconocido de esta mujer, mostrando allí mismo las posibilidades teatrales del episodio en que ella fué protagonista. Desde entonces comencé a trabajar en este drama, que terminé en 1925, hasta que hace dos años hube de entregárselo a Enrique de Rosas para que lo representara, quedando concertado el compromiso a mediados del año 1928. Como para esa época el señor de Rosas partiese a España, llevóse el libro para disponer el reparto y adquirir en España los trajes, armas y utilería, a fin de ponerlo en escena. En páginas que siguen, el lector hallará, como notas ilustrativas, las piezas literarias a que me he referido y que sirven tanto para la mejor comprensión del drama, cuanto para establecer el origen, las etapas y el proceso de su concepción. No necesito agregar que he consultado todas las fuentes documentadas que corren impresas sobre este asunto; pero que no me he ceñido a ninguna versión determinada, porque esta no es una obra de historia sino de poesía, y el arte ha de representar, no la verdad objetiva de las biografías, sino la verdad estética del ambiente y de las pasiones que en él se agitaron, como lo hace el dramaturgo cuando se inspira en las formas actuales de la vida.*

R. R.

I

LA CONQUISTA (*)

Anochecía en aquel bosque...

Bajo su gran techumbre, bordada de follajes en tosca urdidumbre de ramas, anticipábase la sombra, entenebreciendo salvajes retiros. A todo rumbo dilatábase lo inexplorado de la selva virgen. Expresiones humanas asumían las ásperas cortezas, desfiguradas en la penumbra del crepúsculo: este hueco siniestro semejaba el ojo solitario de un cíclope; ese nervudo gajo, el poderoso bíceps de un atleta; y la arboledo toda, un petrificado ejército de gigantes. Aquellos troncos seculares nacían de la tierra con el vigor de las primeras creaciones; mas la imponente columnata, hecha como para sostener las altas bóvedas, se disipaba al sol en fronda gárrula, donde anidaban las aves y susurraban los vientos. Efímeras visiones parecían desprenderse de la penumbra, a lo lejos; por el aire vagaba una dulzura de silvestres aromas; y de esta suerte lo fugaz con lo eterno se unía en el misterio del solitario monte, donde la fuerte ancianidad que era su leña, contaba por centurias los otoños que año tras año lo despojaban de verdor...

(*) Esta evocación de la muerte de Don Diego de Rojas, escrita por mí hace veinticuatro años, fué publicada como primer capítulo de mi libro *El País de la Selva*, impreso por Garnier en París, el año 1907, y reeditado últimamente. Entiendo que esta es la primera versión de carácter literario escrita sobre aquel suceso, después de la repetida versión contenida en los cronistas. La emoción épica del ambiente, de la hueste y de la muerte del conquistador, es la misma que da su fondo espiritual a mi drama *Elelín*, inspirado en este mismo asunto.

Tal era el paraje, donde al caer aquella tarde, acampara la columna de Conquistadores, a cuyo frente venía el Capitán don Diego de Rojas. Habíanse detenido en ese monte, como la noche de la víspera marcharan por él, a ver si despistaban a los escuchas aborígenes, que, según vehementes sospechas, les acechaban por el flanco desde que invadieron el país. Quedaban ya a su espalda, la hospitalaria Concho de los Diaguitas y más lejos la Capayán superticiosa, dispersa en los alcores de los valles andinos. Ahora llegaban a los llanos frondosos donde habitaban los Juris, seminómades y guerreros. Aquí se hacían los caminos más arduos, y a favor de los bosques, el enemigo se tornaba invisible. El ámbito perdía su frescura; sus perspectivas el paisaje; y hasta los mismos elementos, — seca la tierra, el aire abrasador, — parecían confabularse con el indio nativo para resistir a los bravos aventureros.

Ya dominado el Cuzco por Pizarro, aquel puñado de hombres bajaba del Perú, con trazas de salir al otro océano, atravesando medio continente. Lo ignoto de las comarcas descubiertas, suprimía toda noción de las distancias. No pudieran tampoco sospecharlas, en la medida de tan vastos desiertos, aquellos que poco antes recorrieran sin esfuerzo la Europa, en las primeras guerras de las nacionalidades. Ninguno imaginaba que irían sembrando con los propios cadáveres las sendas recorridas y que después de llegar a las pampas donde los grandes ríos ruedan hacia el Atlántico, veríanse obligados a desandar la triste ruta, diezmados por el hambre y los combates, alimentando con raíces las desmayadas fuerzas, en una lúgubre procesión de héroes que fuesen espectros. Y a fe que se necesitaba el espíritu paladinesco de la indomable casta castellana para haberse arriesgado en las entrañas de un mundo virgen, luchando a rompe brazo con los vientos, los pueblos, los ríos, las tempestades, los árboles, las fiebres, los pantanos, las sombras, las montañas:... bregando a plena esperanza contra el misterio, contra el destino, contra la muerte...

Las maravillosas fábulas del oro que florecieron a porfía, señalaban hacia aquel rumbo meridional, un "río de la plata", de populosas márgenes y codiciables ondas que rodaban sobre argentíferas arenas. Habiendo jornadeado ochenta leguas desde lo conocido por frontera peruana, alcanzaban, a esta sazón, los últimos dominios territoriales de los vencidos Incas; y nadie imaginaba las distancias que aún les faltaba recorrer para llegar a esas fabulosas riberas. Habían perecido en los combates algunos compañeros valerosos; las murmuraciones comenzaban a indisciplinar la columna; sufrieran sed en las ásperas travesías, y hambre cuando se agotaron las vituallas; escalaran cerros, vadearan torrentes, salvaran precipicios, en la accidentada zona de las cumbres; mas nada les detenía, bullendo en cada corazón los ímpetus de la casta, y en el ansia común parloteando ese quimérico río, cuyas aguas albeaban de plata como en un eterno reflejo de luna.

Tras el país de la montaña, del reino Calchaquí, llegaban al país de la selva...

Hay sitios de la región, donde, inviolada la fronda, conserva las sugestiones de entonces. Acaso mi propia frente haya gozado la umbría del mismo árbol secular que cobijó, hace más de trescientos años, a un rey de esas tribus, a un conquistador de aquella leyenda...

Tierra de llanura, no se ve el panorama de conjunto: falta la inclinación de las faldas y la perspectiva de las cumbres. Carece de esas lontananzas sin obstáculo que hacen de la pampa una circunferencia verde y grandiosa cuyo remoto linde se detiene ante el mar o el cielo. El bosque pone, de trecho en trecho, vallas a los ojos; es necesario penetrar en él, sentir el paisaje por su misma intimidad, y no por la sugestión de las distancias. Existen abras donde la vegetación se descubre, soluciones de continuidad a la vegetación arborescente y añosa por llanuras de pasto y salitrosos manchones, pero tales

paréntisis confirman la emoción general. Luengas llanuras están vestidas de arboleda; y basta, sin embargo, un rincón de la enramada para sentir su magnitud. Id a uno de esos agrestes retiros, a la hora de la siesta o del crepúsculo, y será como si escucharais el silencio y pudierais ver las cosas invisibles que pueblan el misterio. Las voces irreales se tornan más densas; las hojas desprendidas de un árbol, el soplo del viento, el crujir de una rama, parecen rumores de la inmensidad. El mar nos sobrecoge con su clamor de muchedumbre: la montaña nos envuelve en la placidez de sus visiones: lo que no tienen límites se extiende entre nuestra alma y aquel horizonte de olas o esta cumbre: las cordilleras y los océanos son la revelación de Dios: el hombre sabe que tras de unas y otros velan el Infinito y la Eternidad: pero en la selva falta, con el panorama de conjunto, la sensación de lo gigantesco y lo inmutable: en cambio, ante ella, el corazón se oprime de terrores y la mente se puebla de silenciosos fantasmas.

Fueron, acaso, estas sugestiones de la selva desconocida, las que impidieron a don Diego dormirse cuando cerró del todo la noche. Fatigada la hueste por las marchas, desenfrenaron las cabalgaduras y los soldados recogiéronse al azar de la fronda. No era bisoño el jefe en esta guerra de los indios, ya probados honor y denuedo, en la conquista de Nicaragua. Dispuso, pues, medidas que les cautelasen de posibles asaltos a deshora. Según indicios de las avanzadas reales, la gente de los juris, — en cuya jurisdicción se hallaban ahora, — acechábales oculta en las cercanías del monte. Una pequeña guardia, al mando de Rodrigo de Pantoja, vigilaría los alrededores, con la consigna de que, si atrapaban algún escucha enemigo, lo condujeran a presencia del jefe; y si descubrían cosa de mayor alarma, disparasen un tiro de arcabuz. Varias cuadras atrás, en un bivio del camino que iba a desembocar en el de Chile, apostaríase Gonzalo de

Soto, para guiar a Felipe Gutiérrez, teniente de la expedición, quien, habiendo quedado a la rezaga, en la frontera diaguita, llegaría de pronto a la selva, con todo el resto de la tropa. Nadie encendiera los habituales fuegos del vivaque, y así quedó el campamento al más seguro amparo de los follajes y la sombra.

Cumplidas estas resoluciones, se desembarazó don Diego de sus armas, y en medio de la sombra y el silencio que anegaban el bosque, empezó a meditar bajo aquellos árboles. — ¿A dónde iban?... ¿Qué inflexible designio de la fortuna los llevaba, por entre peripecias de romance, hacia el misterio donde acaso les esperaba la muerte? — Inmensas las llanuras, ásperas las montañas, la selva ahora hostil; empero, inquebrantable la esperanza y el brazo no cansado de luchar... ¡Ah, bien se veía en ese puñado de valientes, perdido en la soledad de un mundo virgen, el genio fanático de las caballerías de Granada, que derrotaron al árabe infiel, el genio bélico de las infanterías de Nápoles, que resistieron las fatigas del hambre, de la distancia y de la guerra! — Inmensas las llanuras... ásperas las montañas... la selva ahora hostil... Desfilaba el paisaje de las comarcas recorridas, y en el curso muchas veces ilógico de esas visiones, alternaban nostalgias del hogar distante; añoranzas de su querida Burgos, donde naciera; travesías del mar... el sonoro desierto de sus ondas..., la luna y el bramido de las noches océanicas... Entonces la fuerte alma del paladín, sintió pasar sobre ella congojas de mujer enternecida, — fuése al influjo de los sensuales aromas difundidos por la selva en el ámbito, o a los rumores del viento, que remedaban diálogos de invisibles fantasmas; o a la luz de la luna, que aparecida ya sobre los montes, iluminaba al héroe en su claridad de leyenda, desnivelando al par la inmensidad, sobre el callado piélago de las nubes.

Iban pasando así las horas, cuando de pronto, una voz varonil clamó a lo lejos:

—¡Capitán!... Capitán!: gente por el bosque!

La hueste, que entrevelada en su lecho de hierbas y monturas, se incorporó a ese aviso de peligro, y vieron a Rodrigo aparecer donde la tropa, conduciendo con otros de la guardia a un espía aborigen que acababan de aprisionar. La gente, movida de curiosidad y sorpresa, se avalanzó en pelotón informe sobre el enemigo, formando a voces un endiablado guirigay. El Capitán llegaba en ese momento desnudando el sable. Su presencia puso paz en la turba.

—¡Voto a bríos! — exclamó jubiloso el castellano.

—¡Dejadle pasar! — dijeron algunos, remolineando en grupos.

—Hele ahí, mi Capitán, — agregaron, entregándole al indio amendretado.

—¿Qué sucede, Rodrigo? — interrogó parsimonioso don Diego.

—Dos indios se deslizaban entre los árboles, y en viéndoles, fuimos a ellos; el uno ha conseguido fugar: al otro, ahí le tiene vuesa merced.

—¡Viva Rodrigo de Pantoás! — tronó la soldadesca, despertando los ecos y las aves en la callada espesura donde comenzaba a amanecer.

A la difusa claridad del día, se destacaba el prisionero, vestido de lana burda desde las rodillas a los hombros, ceñido el cuello por un collar de amuletos y encuadrada la faz ruda y bravía en la melena desgreñada y lacia: — un aire de familia identificaba este hombre y aquellos árboles.

La multitud de soldados se aglomeraba curiosa, cerrando corro en torno de Rodrigo, que refería a su jefe los pormenores de la hazaña. Domingo de Orbaneja y Bernardino de Balboa, otros bravos, partícipes en ella, retenían, con patente orgullo, el arco flexible y el haz de flechas que le arrebataran. Algo como una lóbrega ironía se mezclaba a ese cuadro, donde a manos de los

invasores quedaba ya este fuerte hijo de la selva, que se mordía los labios y apretaba los puños, lleno de cólera impotente.

En esto, el grupo fué distraído por un vocerío que vibró a la distancia... Se oyó después estruendo de arcabuces a la desgranada... Hubo en el aire una resonancia de galopes... Y como para tranquilizar a los compañeros que oían, la muchedumbre lejana se expandió en este grito: — ¡Viva el Rey!

Y el eco de la selva respondió:

...Viva el Rey...

Era la mesnada de Felipe Gutiérrez que llegaba, por fin. Hernando de Soto pernoctara esperándoles, y al encontrarse en la encrucijada del camino, se desataran todos en esa ruda albórbola de placer y de guerra. Una vez en el castro, la tropa se reanimó con el bullente coloquio de los camaradas que volvían a reunirse. Eran infantes y jinetes, que ascendían a dos centenares de hombres, más la gente de servicio con las mulas, en cuyas árganas traían las provisiones.

El último pueblo a donde llegaran, llamábase Macajar, en lengua y tierra de enemigos. Los naturales, al sentirlos, abandonaran sus casas, huyendo a la espesura de la selva vecina. Desierto el pueblo y sin botín, agravara con semejante desamparo la angustia de los paladines, ya suficientemente flajelados por el rigor del clima y de la seca. Suerte que el día de reemprender camino, cayó un fuerte chubasco, y pudieron colmar de fresca lluvia los zurrones de cuero preparados a guisa de cantimploras. Ardiendo todos en ese clima de horno, sudando mares bajo las cotas, extenuados por las vigilias y la marcha, avalanzábanse a beber, sedientos, el agua pura de los odres.

Mientras esto ocurría en la soldadesca, don Felipe y don Diego, separados varios días por los azares de la expedición, apartáronse deseosos de platicar a solas

bajo los árboles. Ambos jefes debieron protestarse lealtad inquebrantable, desvaneciendo así los últimos recelos con que, desde antes de Capayán, viniera separándoles la cizaña sembrada en la hueste por la ambición de los unos y la avidez de los otros. Unidos hoy más que nunca, decidieron llamar a la gente de mejor consejo para resolver de consuno si se hallaban con fuerzas de seguir adelante la expedición.

Previamente, mandaron conducir ante su presencia al indio prisionero. Alguno de los soldados chapurreaba el idioma del país, y por medias palabras que el aborígen, pesaroso y rebelde, completaba con señas, obtuvieron informes, aunque vagos, sobre el territorio a recorrer. Del río fabuloso, cuyas riberas buscaban, nada supo decirles. En cambio, les hablara de otro río, — el Dulce, acaso, — cuyas aguas corrían a pocas leguas de allá. No arrastraban sus ondas pepas ni polvo de metales preciosos, antes bien las arenas de sus costas eran a trechos áridas. De la plata, del oro, del bronce y del hierro, sólo conocían los indios valerosos, habitadores de la boscosa llanura, lo que trocasen, por frutos de su tierra, con el calchaquí de la montaña.

En posesión de esos datos, se reunieron los hombres de consejo. Al salir del Cuzco, habían estipulado los conquistadores, dadas las contingencias de estas expediciones en lo interior de la América, que si Rojas moría, le sustituyese Felipe Gutiérrez, y si el Teniente perecía también, le reemplazase el Maese de Campo don Nicolás de Heredia. Llamaron, pues, a Heredia; citaron igualmente a Diego Hurtado, alférez de la columna, a Pedro López de Ayala, Alonso de Lagos, Juan de Balmaceda, Lope Sánchez de Valenzuela, Francisco de Mendoza, Diego de Maldonado y Pablo de Montemayor. En torno, el resto de la tropa aguardaba la palabra de su caudillo, a quien seguían con el sentimiento caballeresco de un tiempo feudal. Todos aquellos hombres, villanos, malhechores o gentiles hidalgos, identificaban sus almas, en la fe, la ambición y el arrojo que les

eran comunes. En lo exterior, identificábanse también los cuerpos: vestidos todos por sendas cotas de malla, suspensos al talabarte los aceros, y las cabelleras, blondas o brunas, crecidas en el desaliño de la guerra, dando a sus rostros varoniles, curtidos a la cálida temperie, la expresión de una máscara primitiva y salvaje.

Una mujer — ¡la única! — dulcificaba la rudeza de ese grupo de hierro.

Era una joven castellana, compañera de Felipe Gutiérrez.

(Clelia, Violante, Inés, Leonor, Roxana, Estrella! — ¿quién dijera tu nombre, desde el olvido secular donde yace? ¿Fuiste acaso una tronga de las que pasaban a las Indias con los héroes de la novela picaresca; o un noble corazón de temple antiguo, que supo unir en la vida, las fuertes emociones de la guerra con las dulzuras de un episodio galante.) — Su voz debió de ser cristalina como el parloteo de las gárgolas, la voz en que mezclaba a aquellos coloquios bélicos sus ingenuos decires; mientras los guerreros, de frentes ceñudas, reflexionaban:

Regresar al Perú, juzgábase un expediente cobarde, sin provecho ni gloria. Volver, a mitad de la jornada y con peligro de convulsionar numerosos pueblos, a los cuales, con el desaliento de los desastres, quién sabe si podrían resistir! Además, las perspectivas del camino resultaban ahora más halagueñas... Y como alguien aludiese con temor a los Juris, la nación numerosa y guerrera que poblaba la selva, — Alonso de Lagos respondió, dirigiéndose al jefe:

—Recuerda vuesa merced aquellos versos del Romance, que dicen:

"Los filos de Durindana
No mellan al castellano,
Ni este fuerte y duro acero
Pudo resistir su brazo..."

—Sí los acuerdo, Alonso: es cuando muere el paladín Roldán, — respondióle don Diego.

—¡Pues bien! — exclamó el antedicho, con tono enfático: — Contra los que fatigaron aceros encantados, ¿pudieran lanzas de bárbaros? También nosotros, ¿no somos castellanos, por ventura?

Y este arranque de orgullo comprometió los ánimos. Un escalofrío de coraje recorrió por las médulas. Fulguraron los ojos como si ya tuviesen bajo su mano al enemigo. Y adelantándose con los demás, don Diego, a plena voz, gritó a la hueste:

¡Se ha resuelto seguir!

Una gran clarinada vibró en el bosque desgarrándose entre las copas de los altos y leñosos quebrachos, y al par un coro de bravos y aleluyas, brotando de aquellas bocas montuosas de barbas, se levantó en el azul del claro día, con la marcialidad de un vuelo de águilas despertadas en su nido de breñas...

Alarmantes noticias de esta invasión cundían, entretanto, por el campo enemigo. Los correos que años atrás llevaran a los curacas imperiales la requisición de sus tributos para el rescate del Inca prisionero, habían difundido hasta en los más lejanos territorios la leyenda de estos hombres blancos que venían del otro lado del mar. Súpose después el inicuo asesinato de Atahualpa; la caída del Cuzco en poder de los invasores y sus probables expediciones guerreras hacia las amedrentadas provincias. Y el eco de los trágicos sucesos, repercutiendo en boca de los chasquis, iba a infundir espantos, hasta en el misterioso país de la selva. Despertábanse obscuras reminiscencias de la raza, alusivas a estos seres extraordinarios, fuertes y bellos como los dioses, rubios algunos de ellos, como el divino Sol, hombres cuyo recuerdo se borraba en pretéritas noches

de teogonía o de leyenda, y cuya vuelta se anunció para días de desastre que comenzaban ya.

Más de doscientos años antes, el Inca Huerache recibió a los embajadores del reino de Tucma que le llevaban ofrendas de algodón, miel y cera, desde las selvas y los valles del sur, a trueque de la civilización peruana que los acogería en su seno. Y ese era el monarca por cuya boca, las potencias obscuras del destino vaticinaron que el hierro de hombres blancos, venidos del océano sagrado donde se apaga el sol, exterminaría las razas de América y el linaje de sus magníficos reyes. Por eso cuando, tres años antes de la invasión, horrible seca flageló la comarca, se juzgó, por los signos aciagos de la tierra y el cielo, que había llegado el tiempo de las profecías. Cayeron las hojas de los árboles, los bosques se tornaron más terreños, no germinó la mies de los sembrados, y mientras el Sol quemaba la tierra, — *inti rupas tian*, — diezmaba el hambre las haciendas, y el indio sitibundo iba a morir al borde de los arroyos o los ríos, sobre las gredas y los riscos estériles. En vano fué llevar a los menhires y las grutas sagradas de los cerros, exvotos o plegarias por el verdor de los campos y la humedad de las fuentes. En vano fué pedir a la Mamasara, la deidad protectora de las chacras, el logro de las cosechas, olvidada del dulce granar de las panojas; en vano fué deponer sacrificios ante los mitos fálicos del agua o las huacas simbólicas; en vano muchedumbres de pueblos desesperados y sedientos alzaron a las nubes sus cántaros vacíos, implorando los dones de la lluvia al torpe son de cánticos rituales. Y cuando hubo concluído aquella advocación del llanto y del rezo, y la Huayrapuca, el ave mítica de las tormentas, voló sobre la selva estremeciendo el hueco de la noche, con sus alas de viento, con sus garras de rayos, con sus cantos de trueno: juzgaron los augures que habían llegado las vísperas del exterminio. Aquella tempestad — recordada por los cronistas — debió de ser uno de esos fuertes ciclones

que yo he visto cuando niño en mi tierra, pasar arramblando el bosque todo, y levantar en su aliento, no sólo el techo de los ranchos, para él liviano como una brizna, sino los propios árboles, que descuaja su saña, como si fuese el hacha de Pillán, el dios del rayo que en la leyenda de Arauco troncha los robles de un solo golpe... Sobre ese camino de desolación, sobre esa ruta de los éxodos, muchos de aquellos pueblos amenazados por la muerte, huyeron a sepultarse en la breña transandina, donde sus descendientes quizá perduran. Los pueblos calchaquíes, a lo largo de la gran ruta de los Andes, tampoco detuvieron al invasor, pues la palabra de sus sacerdotes, — alcahuisas y turpentaes — contuvo en lo alto de las pircas guerreras las galgas del pucará... Pero los juris belicosos, adheridos al suelo como los árboles del propio bosque a cuya sombra vivían, esos sí se resistieron al invasor.

...Aquella noche, en el abra cercana, los indios, congregados en número de seiscientos, esperaron, hasta el despuntar del alba, la vuelta de los espías despachados la tarde anterior. Era sol alto cuando llegó jadeando el último, y avisó que su compañero había sido aprisionado por los españoles. Otro, que les había seguido, flanqueándoles el paso por la intrincada vera del monte, avisó que los enemigos eran pocos. Los que hubieran conseguido verlos manifestaban asombro por las figuras, pues los caballos que montaban eran para los indios seres desconocidos.

Pasaron así las horas de la mañana, entre vacilaciones y conjeturas. A eso de la siesta, el jefe de la muchedumbre india, llamado Sinchihuaina, — Varón Fuerte, — ordenó que alguien se encaramase a cualquier quebracho y avizorase la llanura. El día estaba claro, y en la diafanidad de la atmósfera la luz abría a la visión perspectivas remotas. El atalaya anunció entonces que allá lejos, en la otra linde del abra, sobre el

fondo sombrío de la arboleda, se esbozaba el grupo. Como uno de los escuchas de la víspera subiese también, éste reconoció a los castellanos. Ratificada la noticia, una emoción supersticiosa y trágica dominó el corazón de la hueste, concretándose toda ella en un solo designio de lucha, perentorio y brutal como un instinto. La conciencia de su ventaja numérica acrecentó los entusiasmos, y a la voz del valiente Sinchihuaina, la tribu entera se movió al ataque de los misteriosos enemigos...

Esa tarde se realizó el primer encuentro, después de varias escaramuzas. El combate fué breve y concluyó con la dispersión de los indios, más que vencidos por los conquistadores, azorados por la enigmática fuerza de las caballerías y el estruendo inaudito de las armas.

Poco después, en un paraje análogo, se repitió la refriega. Las dos razas volvían a encontrarse, y esta vez en un choque definitivo. Mientras los invasores adelantaban algunas leguas hacia el sur, los otros se reconcentraban nuevamente, sin perderles el rastro. Los castellanos aguardaban el choque, enorgullecidos con la reciente victoria; y, entretanto, los hijos de la selva acrecentaban sus fuerzas con la convocatoria de nuevos pueblos. Huidsan, Yaar, Vilpe, Illapa, Chilcas, Puma, Huasca, Maquin, Chuncha, — tales eran los nombres de los capitanejos, cuya gente sumaba, por junto, un formidable ejército de tres mil.

Distinguía a los jefes el paramento de las insignias guerreras: thoquis por cetros, ponchos por túnicas, y por coronas o cascos, vinchas de cuero prolijamente aironadas de grandes plumas, que el viento de las luchas agitaba sobre las frentes, cual si fuesen penachos multicolores. Seguían después los hechiceros, sacerdotes de la idolatría local, a quienes consultaban los caciques, antes de comprometerse en los combates, pues ellos comprendían el idioma augural de la estrella, del agua, del árbol, del ave, de la flor, de la llama proteica y divina. Algunos vestían pieles de tigres y leones,

muertos por ellos mismos en la selva, y de tal guisa terciaban a su espalda la pavorosa vestidura, que embalsamada la cabeza del felino, asomaba ésta última, como el emblema de un yelmo trágico, sobre la cabeza del guerrero. Otros iban cubiertos de objetos simbólicos, caylles que les servían de amuletos, o ajorcas y pulseras cuajadas de crótalos, cuya función era sonar, sonar siempre en el entrevero de las batallas. Completaban el resto los hombres de armas, muchedumbre de combatientes fuertes y jóvenes, ataviados por sencillas telas de guanaco o venado, si las tuviesen, y a medio vestir los otros, al aire el pecho duro, como corteza de árbol añoso. No faltaban quienes trajesen adargas, heraldizadas de grotescas figuras épicas o personajes mitológicos; ni quienes, hachas de piedra, según usanza calchaquí, o de bronce, — cortadas éstas de diversa laya: unas con varias puntas, como los dedos de una mano abierta; otras de un solo filo como picas. Piedras, viras, mazas, garrotes, hondas, lives, tangoles, cuernos, lazos, discos y bolas, completaban el arsenal. Pero en arcos y lanzas, residía su fuerza más decisiva: de entre la mar de cabezas humanas salían los chuzos, las moharras agudísimas unidas a los cabos de virtuosa madera que prodigaba el bosque familias; y rebosantes las aljabas de flechas, finas y voladoras, que enherbolaban físicos silvestres con zumo venenoso de eléboros indianos.

Tal era el ejército primitivo, multiforme, pujante, donde la vieja tierra maternal transfiguraba su genio para la propia defensa, trocando en fuerza mortífera gajos, fieras, savias, cueros, piedras, fibras, sones, vientos.

No se detuvo, sin embargo, ante el avance de tan ruda legión, el indómito grupo de la conquista. Casi al mismo tiempo, se avistaron los dos beligerantes, desde opuestos extremos de una misma llanura. Esta,

— que iba a ser el teatro de la batalla decisiva, — era una de esas pampas frecuentes en medio de la selva regional. A lo lejos, dos grandes masas de bosque limitaban el abra gigantesca, aportillada al otro rumbo en un ralear de algarrobos y chañares, por donde se escapaba el llano, en óptico declive de rampa hacia el horizonte... Por allá irrumpió el ejército de los indios, a paso de trote, con su táctica de atropelladas y entreveros... Alguna piedra o flecha les precedían, pero, arrojadas tan de lejos, iban a caer como cansadas ante la hueste española, que, más estratégica, detúvose para la refriega, haciendo espaldas en la ceja del monte. Infantes castellanos corrían a parapetarse tras de quebrachos, para disparar desde allí sus armas. La caballería se preparaba a romper el ataque y debía dejar el campo libre al fuego de los otros, después de la primer arremetida... Entretanto, llegaban desde la tempestuosa distancia, un golpetear de bocas y de manos, un trompetear de guturales lamentos, cascabeles, atambores, silbidos, — todo el fiero fragor de la guerra. Eran los indios que avanzaban rugientes y confiados viendo sólo ese grupo de los jinetes dispersos y el coruscar del sol en el bruido metal de los arneses y los sables reales. Los invasores, entretanto, veían, embargados de asombro y de coraje, aquella nube de tempestad que se venía sobre ellos, envuelta en el polvo leve que el aquilón de la muchedumbre levantaba llena del trueno de sus voces.

Cuando los proyectiles comenzaron a herir y llegó el enemigo a conveniente distancia, una bocina, por mandato de don Diego, clarineó la orden de ataque, y el grupo de jinetes atropelló a toda furia sobre la nube...

¡Santiago, a ellos! — clamaban cincuenta voces contra los nuevos infieles, como en los tiempos de la morisma; y el numen invocado por aquellas almas fanáticas y heroicas, parecía venir a mezclarse a las peripecias de la lucha, como en los episodios de una rapsodia homérica.

En aquel momento, unos y otros se entrelazaron con la misma saña y enceguecieron con el mismo furor. La diferencia numérica redoblaba los ímpetus hispánicos; y el azoramiento indígena crecía ante los extraños enemigos, que pasaban, en los entreveros de la batalla fabulosa, clarineando relinchos y relampagueando sablazos.

Solamente la noche pudo interrumpir el combate. Con las primeras sombras empezó la dispersión. Los unos y los otros abandonaban el campo, ni vencedores ni vencidos, para renovar la batalla al día siguiente.

Los indios cambiaron entonces de táctica. Lanzaban desde lejos discos arrojadizos; bolas retobadas, con largas asas de tientos; envenenadas saetas; lives de tres pesos, cuya cuerda venía vibrando por el aire, o piedra de las hondas, que la mano del hábil fundibulario despachaba certera. Y mientras tales proyectiles no daban en su blanco, o apenas si causaban contusiones, los españoles contestaban con armas de fuego, cuyas balas venidas no sabían los indios de dónde, penetrábanles en el cuerpo, diezmándoles. A esto se agregaban canícula y bochorno de verano, hasta que, desilusionados de su inútil gimnástica, tentaron, después de medio día, un ataque a la desaforada, como la tarde anterior. Contrarrestados por la caballería y el fuego lateral de los infantes, fracasaron también, y huyeron por el descampado del abra.

La noche interrumpió de nuevo el combate. Como saliese la luna, los castellanos se aventuraron a recorrer el campo, buscando un compañero extraviado. Se oían lamentos de indios heridos: — *¡añay! ¡ananay!* — y el soldado que lo sintiese, aproximábase al agonizante para ultimarlo de un tiro. Varios hombres recorrieron infructuosamente el abra: no hallaban al camarada ni a su caballo; así es que en el campamento se pasaron

la noche conjeturando la posible cautividad del ausente y viendo una columna de humo que se levantaba allende el otro bloque de monte, plateada de luna: — tal vez alguna inmolación de los indios a su dios de la guerra.

Al amanecer el tercer día, el combate continuó más reñido. Los juris, con nuevo contingente de fuerzas, volvían a aparecer en la llanura. Era el postrer ataque, pues si habían conseguido detener a los invasores, ya no imaginaban vencerlos.

Traían los juris en la punta de una pica la cabeza del soldado castellano a quien los suyos no pudieron hallar. Otro erigía a su par la cabeza del caballo, degollado también. Este fraccionamiento del jinete y de su montura les aclaraba a ratos, y a ratos les obscurecía, el enigma de esas caballerías con que osaban luchar. Algunos comenzaban a creerse comprometidos en una guerra con seres sobrenaturales y si venían de nuevo al combate por solidaridad de raza, empezaban a dominarles vagos terrores. En cambio, a los otros, les retemplaba de cólera el espectáculo de ese trofeo carnal, la cabeza del blanco, goteando sangre aún desde la punta de una pica.

Los castellanos, a la vista del doloroso escarnio, se lanzaron enfurecidos. Los indios, azorados, vieron desgranarse sobre ellos el pelotón de jinetes. Jamás como entonces cobraron estos a sus ojos mayor misterio y grandeza de mitos. Las trompetas rugían; relinchaban los brutos cual si se reconociesen en aquella otra cabeza, erigida a lo lejos como una provocación; vientos de guerra soplaban sobre el campo, y a su roce la grímpola española se estremecía colérica sobre el asta del guión. Los infantes arreciaban el fuego por los flancos en mortandad segura, mientras la caballería atropellaba el centro, con tal hambre del matar y tal desprecio del morir, que aterrorizaba a la Muerte... Blandiendo

sables a diestro y siniestro, con ciego heroísmo iban dejando doble tendal de cadáveres, a las dos veras de sus fatales galopes. No atinaban a comprender los indios si aquellos animales eran seres inteligentes o si aquellos jinetes eran hombres cuadrúpedos: de tal guisa los movimientos de ambos se armonizaban. Y agachado el guerrero sobre el cuello de su caballo, encrespado de crines, no se veía si la diestra que esgrimía a su flanco la espada, era un brazo del hombre o del bruto.

—*¡Despierta, hierro, despierta!* parecían vomitar en sus roncos gritos, como los antiguos almogávares, golpeando con las armas los escudos. Y confundíanse en un clamor unánime, el polvorear de los arcabuces y pistolas, la bélica algazara de los indios, el eco bullicioso de los crótalos, el ululante son de los clarines, el broncíneo estridor de los broqueles, y los torpes tropeles de aquellos corceles.

Todo esto se realizaba por cargas que se repitieron las unas en pos de las otras, hasta que, al fin, los indios apelaron a un supremo recurso. Concentrados en compacto montón, a la manera de falange helénica, espaldas con pechos y hombros con hombros, se unieron todos, en una vasta muralla sólida de carne y de hierro. Enristron en derredor y en alto los cruzos, erizándose de moharras como un desmesurado puerco-espín.

La caballería española, en viéndoles, galopó a deshacer el grupo. La atropellada fué sangrienta. Algunos corceles, a pesar de los gritos y latigazos, encabritáronse de miedo, resabiándose por ahí. Otros, al llegar, bajo el acicate de la espuela, corveteaban con brío e iban a caer de un salto en medio, sobre cabezas de indios, pero bruto y jinete despanzurrábanse en la filosa punta de las lanzas.

Con ataque tan recio, desfalleció la falange. Los juris comenzaron a huir. Deshecha su vanguardia, la retaguardia de los arqueros reculaba también; pero disparando los tangoles aún. Sobre el campo sembrado

de vísceras, caía la venenosa lluvia de saetas... Entonces, allá lejos, uno de los jinetes que acababan de atropellar, vaciló sobre su montura, y se le vió desarzonarse, con espada y yelmo, desde la grupa del caballo. Caía la tarde; pero a su luz indecisa pudo verse que aquel hombre era don Diego de Rojas, el jefe de la Conquista. Una flecha perdida acababa de clavársele en el muslo.

Apartados en lo interior del bosque cercano, después de la victoria, el Teniente Felipe Gutiérrez y la mujer que le acompañaba, atendían solícitos al denodado paladín.

Había cerrado ya la noche.
En el cielo brillaban rutilantes estrellas.
El bosque estaba lleno de silencio y de sombra.
Sólo más tarde apareció la luna.
De la cercanía vinieron tres soldados.
Sus continentes eran graves.
Otro, acercándose, interrogó en voz baja:
—¿Habéis enterrado ya todos los muertos?
—Todos, señor.
—Dios los haya en su gloria...
—¿Y el Capitán, señor?
—El Capitán irremediablemente se muere...
Y de esos pechos se escapó un suspiro.

Don Diego deliraba en aquel momento. La flecha envenenada le inficionara la sangre, y el Capitán de veras se moría. Abrasadora fiebre turbaba su cabeza, y en el delirio agónico murmuraban sus labios: "Seguir... seguir... hacia los ríos lejanos... adelante... sobre la tierra nuestra... nuestra..." Y al terminar, cerráronse sus párpados en la luz de la gloria, mientras la roja sangre, chorreando de la herida, rubricaba en la tierra blanca y virgen, eterna ejecutoria de dominios para la posteridad de su raza.

II

CATALINA DE ENCISO (*)

Este es el nombre de la primera mujer española que entró en territorio santiagueño, y que habiendo venido al país de los juríes con los expedicionarios de don Diego de Rojas, merecería llamarse, por antonomasia, "la conquistadora santiagueña".

No era cosa habitual en los primeros tiempos de la colonia, que mujeres de España se arriesgaran al viaje de las Indias. La aventura de América tentaba a los varones, despertando los móviles viriles, con su empresa de peligro y dominación. El alma femenina del siglo XVI, educada, en cambio, para la vida quieta del hogar o el retiro de los conventos, quedaba al margen de la historia, en aquellos años de ruda vida militar. Por eso cuando el nombre de una mujer aparece en las primitivas crónicas del descubrimiento una luz de leyenda envuelve a la solitaria protagonista, qué así dulcifica, con su sóla presencia, la escena brutal que la circunda.

La conquistadora santiagueña estuvo en Salavina y en Soconcho, el año 1543. Su nombre yace, casi perdido, en la copiosa Historia de Santa Clara, quien la llama simplemente "la Enciso" y a veces "Catalina de la Enciso", tal vez por un error de copia. Los otros cronistas colo-

---

(*) Este artículo, que resume el argumento del presente drama, señala su fuente principal y destaca por primera vez a su protagonista, fué publicado por la revista *Babel*, de Buenos Aires (Nº 5), en Mayo de 1921, y en 1918 había aparecido en el periódico *Santiago del Estero*, de la ciudad de este nombre. Hacia dicha época el autor tenía ya planeada esta pieza, que fué concluída en 1925 y dada a D. Enrique de Rosas el año pasado.

niales lo omiten, desde Ruy Díaz hasta Guevara; pero el relato de Santa Clara es digno de fe, no sólo por ser éste el más minucioso historiador de "las guerras civiles del Perú", sino porque el relato suyo sobre la "entrada" de Rojas, fúndase en el testimonio de Bernaldino de Balboa (compañero de Rojas), quien le contó, al volver de lo que hoy es Santiago, los pormenores de la trágica expedición. De ahí la abundancia espisódica y el colorido escénico de aquel relato, nacido en boca de un actor, y fijado por la pluma de un contemporáneo.

Los conquistadores del siglo XVI, recién salidos de la Edad Media, eran hombres violentos, a quienes guiaban los más ciegos instintos, y una concepción quimérica de la tierra que pisaban. Estos del Perú, un día asesinaron al inca prisionero; otro, quemaron a un indio vivo; y casi siempre se repartían las doncellas de la tribu rendida. Sólo por excepción, se lee en aquellas crónicas el nombre de una mujer española, y ésta, cuando aparece, es la compañera abnegada de algún aventurero cuya suerte siguió desde la hampa de Valladolid o de Sevilla, hasta las tierras ignotas de este "orbe nuevo". Entre los conquistadores del Río de la Plata, es célebre una de ellas, Isabel de Guevara, quien escribió a la reina una epístola, después de la destrucción de Buenos Aires por los indios, y en esa carta pide que se le reconozcan derechos en los repartos de fundos y encomiendas, porque dice que ella "sargenteó" a la par de los soldados, en el sitio de la fundación y en las exploraciones de este mundo virgen.

Aquella palabra de Isabel de Guevara, que "sargenteó" en la pampa porteña, define también a su gemela Catalina de Enciso, que "sargenteó" en la selva santiagueña. La Enciso vino al Perú, y del Perú a Tucumán, con un militar Felipe Gutiérrez, segundo jefe de la ex-

pedición de don Diego. Y es precisamente cuando los indios de Santiago hirieron a don Diego en un combate, con la flecha enherbolada, que le ocasionó la muerte, cuando la Enciso empieza a figurar en la crónica de Santa Clara, como que Santa Clara trae sobre el descubrimiento de Santiago datos que no aparecen en los cronistas más citados acerca de esta expedición.

Los conquistadores habrían entrado por la frontera de Salavina, que ya se llamaba así en aquel tiempo, y allí habrían tomado preso a un jefe indio nombrado Canamico, de quien se sirvieron para continuar su marcha, entre pueblos guerreros que los hostigaban. En territorio de Salavina habrían los naturales herido a don Diego, y es al producirse el delirio de la fiebre y síntomas de intoxicación, cuando surgió en la hueste la inculpación anónima de que la Enciso, cuidando a don Diego, habíale hecho "el daño"; y ella era responsable del trance fatal que presenciaban.

Sospecho, por ciertos indicios, que la inculpación pudo formularla Rodrigo Sánchez de Hinojosa, y siendo Catalina querida de Gutiérrez, se imaginó que éste habría logrado acelerar el fin de su jefe para sucederle en el mando, como en derecho le correspondía, según las estipulaciones acordadas en el Perú con el gobernador Vaco de Castro a nombre de su Majestad. Rojas conoció la triste especie entre los dolores de la agonía, y aun tuvo tiempo de oir las airadas protestas de Gutiérrez contra semejante calumnia, y los llantos de la Enciso que, junto al lecho del moribundo, mesábase clamante los cabellos y alzaba los brazos al cielo, pidiendo que el rayo de Dios cayese sobre ella, si es que había dado "ponzoña" al gobernador, a quien todos querían.

Entre tanto, la gente española, desconcertada por la desconocida enfermedad de su jefe, llegó a creer en el crimen que se imputaba a la Enciso; las pasiones de la muchedumbre volviéronse contra Gutiérrez, y empeza-

ron a reclamar a voces que Rojas, antes de morir, derogase las capitulaciones peruanas, que despojase del mando a Felipe Gutiérrez, dejando de sucesor a Francisco de Mendoza, a quien la muchedumbre aclamaba ya como caudillo. Rojas, debilitado quizá por la agonía, concluyó por doblarse a las exigencias tumultarias de la soldadesca, que algunos indios amigos contemplaban sin comprender. La Enciso no cesaba de llorar y protestar su inocencia, y se dice que Gutiérrez salió de la tienda del jefe moribundo al campo libre, para retar a duelo a quien quisiese culparlo de traición, seguro de que en el juicio de Dios probaría su inocencia y la de Catalina; y aunque al gritar su desafío miró intencionadamente a Francisco de Mendoza y a Rodrigo Sánchez de Hinojosa, ni ellos, ni otros soldados de la conjuración aceptaron el desafío.

El cadáver del jefe muerto, fué enterrado en el propio lugar donde falleciera, que, según esta nueva versión de los sucesos, debió ser en las inmediaciones de la actual Salavina. Allá construyeron los expedicionarios "una hermita", y después de algunas misas oídas por la hueste junto a la tumba del jefe valeroso que ya nunca volverían a ver, siguieron su camino. El clérigo de la expedición, Francisco Galán, es el mismo que pocos días antes había osado parlamentar con Canamico, el cacique, en el primer encuentro de ambas razas. El clérigo Galán habíase acercado a los indios con una cruz en la mano, y un lenguaraz a la vera, traído del Perú; pero los juríes se negaron a parlamentar, y persiguiéronlo hasta los aledaños del castro español.

La boga de esta injuria contra la Enciso alcanzó entre la soldadesca, provenía de los extraños signos que precedieron a la muerte de Rojas. La herida era pequeña, en una pierna; pero el gobernador cayó presa de dolores que lo hacían "bramar y darse de calauaçadas

en el suelo con grandisima desesperación". Todo esto era nuevo para los conquistadores, pues aquella herida del jefe era la primera que recibían de esas flechas untadas con una hierba santiagueña, que causaba esa muerte convulsiva, dolorosa. Sólo más tarde lo sospecharon los españoles al ver a otros compañeros heridos que agonizaban de la misma manera, y al herir ellos mismos, intencionadamente, con su popia flecha, a un indio prisionero, que les reveló el secreto del tóxico y del contraveneno que utilizaban para tales casos en los combates.

Las hablillas calumniosas contra la Enciso continuaban sin embargo en la hueste, cuando un día, yendo los conquistadores en dirección a Soconcho, tuvieron nueva refriega con los indios, en la cual fué herido Francisco de Mercado, que había sido maestresala del gobernador Rojas. En el herido aparecieron síntomas de dolor y convulsiones idénticas a las que atribularon los últimos instantes de su antiguo jefe, y comprendiendo que iba a morir, pidió confesión, e hizo que Catalina de Enciso viniera a su presencia. "La qual venida — dice el cronista Santa Clara — Francisco de Mercado le rogó muy ahincadamente que por reverencia de Dios y de Nuestra Señora le perdonase el falso testimonio que le avia levantado, porque él fué el primero que lo avia publicado aver ella dado ponçoña a Diego de Rojas, de que se avia muerto. Catalina de Enciso, oyendo esto, se holgó en gran manea de saber de aquel hombre la gran falsedad que contra ella se había levantado, y no lo quería perdonar a causa que avia sido muy damnificada en su honra; mas en fin con muchos ruegos y grandes importunaciones lo uvo de perdonar y perdonó. Todo esto lo tomó ella por fee y testimonio ante un escrivano de su Majestad y delante de muchos testigos de lo que el dicho Francisco de Mercado avía levantado, y al cabo murió donde a un rato y lo enteraron en una hermita que allí se

hizo. Oyendo estas cosas Francisco de Mendoza y Rodrigo Sánchez de Hinojosa perdieron la sospecha que avían tenido conta Felipe Gutiérrez y Catalina de Enciso, porque entendieron que la muerte de Diego de Rojas avía sido de la ponçoña del flechco que le dieron en la provincia de Salabina".

Así reza la "Historia" de Santa Clara, con su tono de vieja conseja, bajo el arcaísmo de su ortografía coetánea. Y cuando se espera que allí concluya la desventura de la conquistadora santiagueña, se asiste a nuevos episodios de violencia, por parte de los usurpadores. Rehabilitada la Enciso por la confesión de Mercado el calumniador, y desaparecidas las sospechas contra Gutiérrez, parecía lógico que éste recobrase el mando, en virtud del derecho que le daban las estipulaciones peruanas, revocadas por Rojas en el trance de la agonía, bajo el apremio de la muchedumbre que denunciaron la supuesta traición. No ocurrió tal, sin embargo. Antes, por lo contrario, el jefe usurpador, Francisco de Mendoza, apoyándose en sus parciales, retuvo el mando, y para asegurarse la impunidad, mandó prender a Gutiérrez y a la Enciso, y juntos fueron remitidos presos al Perú, bajo estricta custodia. Francisco de Mendoza, que llegó al Paraná, hallaría más adelante la muerte.

Nada más diremos sobre la suerte ulterior de los inocentes prisioneros. Por el camino que Rojas había traído, veo por última vez a la Enciso, cabalgando con su querido de España, por entre las montañas de Calchaquí. Hombres armados y rencorosos los custodian, con la conciencia amotinada por esos choques de celo y ambición, tan frecuentes en las guerras civiles de la conquista. *Y así la solitaria mujer que vino con los primeros descubridores de Santiago, destácase como la figura central de un agitado y pintoresco drama, con el paisaje de nuestra tierra por escenario, donde se entrechocan las abnegaciones*

del amor, las conspiraciones del odio y los espantos de la muerte, que perpetúan el destino humano por siempre idéntico a sí mismo, y que a la manera de las parcas simbólicas, tejen enredan, cortan, en toda tierra y en todo tiempo, el hilo invisible de la vida.

Ricardo Rojas.

III

ELELIN (*)

El título de *Elelín* que he dado a esta obra, es uno de los nombres con que en el siglo XVI se designó a una comarca fabulosa que los conquistadores buscaron dentro del actual territorio argentino.

Se decía "Los Césares", "Yungulo", "Trapalanda", "Lin-lin", y también "Elelín", como se dice en esta pieza. La adopción de este último nombre podría justificarse simplemente por tratarse de una obra poética y de una taponimia quimérica; pero deseo dar a mi elección algunos fundamentos de otro carácter.

La noticia de los Césares se originó en la expedición que un grupo de soldados salidos de Sancti Spiritu, en 1529, al mando de un capitán llamado César, realizó por el interior hasta los Andes, en busca del reino mágico, que tomó luego su nombre. César, de regreso en la Ciudad de los Reyes, refirió su aventura: uno de los que se la oyó fué Gonzalo Sánchez Garzón, y éste se la contó a Ruy Díaz, en Santiago del Estero, hacia 1580. Garzón acompañó a Don Diego de Rojas en su entrada (Ruy Díaz, *Argentina,* Lib. I, cap. IX).

Por no haberse encontrado hasta ahora el texto de las capitulaciones dadas por Vaca de Castro a Rojas, se ignoran muchos pormenores de la expedición de éste, y entre ellos el nombre de la tierra que salió a conquis-

---

(*) Dado que este nombre podría resultar novedoso para algunas personas, he creído necesario explicarlo en esta nota. He creído también indispensable documentar la sinonimia de *Elelín* con otros nombres del país fabuloso que buscaban los conquistadores en el interior argentino. Con esto creo prevenir cualesquier objeción sobre la pertinencia de este título.

tar. Una carta de Castro a Carlos V, en 1542, le informa de esa tierra muy poblada y rica, entre Chile y el Plata, que Rojas ha salido a explorar; pero en el original se halla roto el nombre de la comarca fabulosa: "...Hay entre Chile y el Río de la Plata una provincia que llaman...", "Tengo proveído para ello al Capitán Diego de Rojas por ser persona celosa del servicio de V. M. e tiene mucho cuidado del tratamiento de indios, con muy buen acompañamiento de gentes". Don Roberto Levillier, que ha publicado este documento (*Papeles de Gobernadores del Perú*, I, p. 67), se refiere a él en su *Nueva Crónica de la Conquista del Tucumán*, y dice lo siguiente: "¡Esa provincia era Tucma, Yungulo, Trapalanda o los Césares, de las cuales corrían maravillosas leyendas!" (I, p. 90). Y el mismo autor agrega: "la tierra de los Césares, también llamada Trapalanda, Yungulo, o Linlín...", etc. (I, p. 92). Con el nombre de Linlín buscó después la tierra de los Césares, el Gobernador Abreu.

Lozano, en la página 326 del tomo IV de su *Conquista* dice: "Vueltos a Santiago (del Estero), ideó Gonzalo de Abreu otra empresa, cuyos principales intereses que de ella se prometían hizo mucho eco entonces por aquella parte en los ánimos de la soldadesca tucumana, y siempre su memoria los llenaba de alegres esperanzas", etc. Y luego agrega: "Dicha empresa con el descubrimiento de *la provincia de los Césares, o de la Trapalanda*, cuya fama de opulenta ha empobrecido a muchos con el deseo de gozar sus riquezas", etc. En varias probanzas de servicios copiadas del Archivo de Indias y editadas en la Colección Levillier, se encuentran referencias a esta empresa, en los interrogatorios referentes a algunos soldados que la emprendieron; por ejemplo, sobre Alonso de Cámara: "que fué con el dicho gobernador Gonzalo de Abreu al descubrimiento que fué a hazer de *la Trapalanda o Linlín*", etc. (*Probanzas*, t. II, p. 392); en otro testimonio se dice "el *descubrimiento de Linlín o de los Césares*" (*Probanzas*, p. 396). La empresa de Abreu ocurrió en

1576, apenas 30 años después de la entrada de Don Diego de Rojas.

En el Archivo Nacional de Asunción, (Nº 312, vol. XL, 21-23), consérvase un bando de Navarrete, gobernador del Río de la Plata, cuyo texto ha sido editado por el historiador paraguayo, Dr. Domínguez. En ese bando datado en 1586, se lee lo siguiente: "...al servicio de Dios, nuestro Señor, y aumento de su santísima fe católica y del rey, nuestro señor, Don Felipe, que Dios guarde, y aumento de esta provincia con deliberado acuerdo me ha parecido hacer una Jornada y población en la *noticia de los Césares o Elelín* dicho por otro nombre, por tener bastante relación de la mucha copia de naturales que hay en la dicha parte para atraer al gremio cristiano y a la obediencia de Su Majestad y otro si por la gran noticia de riquezas que tienen los dichos naturales en la dicha su tierra".

En los documentos del gobernador Abreu, la sinonimia es bien clara entre los Césares y Yungulo o Trapalanda o Linlín, que a su vez no es sino el Elelín de que se habló por entonces en el Río de la Plata, según queda documentado, con el bando del gobernador Navarrete, que acabo de citar.

El erudito historiador paraguayo Dr. Domínguez decía en 1908 de un modo categórico, hablando sobre este mismo tema: "Un país fabuloso fascinó a la gente en el Río de la Plata. Recibió distintos nombres: se llamó en romance, **Noticia, Conquista y Tierra de los Césares,** y en lengua **indígena Yungulo y Trapalanda,** identificándose en el Paraguay con **Elelín,** corrupción de **Linlín,** fantasma fugitivo que ondula a veces hacia el valle Calchaquí". (*El alma de la raza,* p. 165).

Tales documentos permiten no solamente establecer la equivalencia de estos nombres, sino también su probable sucesión cronológica: el César de Sancti Spiritu que según Ruy Díaz (*Argentina,* Lib. I, cap. IX), generó la leyenda de aquel reino fabuloso de que fué el epónimo, se lo contó en el Perú a Gonzalo Sánchez

Garzón, que fué luego compañero de Don Diego de Rojas en su expedición; éstos identificaron aquella fábula de los Césares con la de Trapalanda, Yungulo y Linlín, o sea *Elelín,* nombre eufónico del país de la esperanza, en esta geografía de aventureros quiméricos. De Linlín hablaron los indios de Santiago y Córdoba, pero en el Río de la Plata la palabra Linlín tomó la forma de *Elelín,* con que aparece en el bando de Navarrete, siendo quizá estas dos últimas palabras una probable corrupción de *El Edén,* pues como tal concebían los españoles a aquel país venturoso con que soñaban.

En mi libro "Blasón de Plata" he mostrado la posible génesis, migración y metamorfosis de estos mitos geográficos de la conquista. En el presente drama, tal mito es el resorte de la acción que sirve de base al argumento. Pero el nombre de *Elelín,* como título de un poema, traslada el significado del mito histórico a un plano meramente poético, y adquiere el valor de un símbolo más universal, resumido en los versos finales de la obra.

Elelín ha seguido siendo nuestra Argentina en el ensueño de las modernas migraciones y, en un plano más elevado del pensamiento, *Elelín* pudiera ser ese reino de la esperanza hacia el que los hombres caminan en medio del dolor, tristes de no llegar a él, e infatigables en la ilusión de buscarlo.

R. R.

REPARTO DEL ESTRENO

ELELIN

REPARTO del estreno (Por orden de aparición en escena)

Rodrigo	FRANCISCO ALLENDE
Don Francisco de Mendoza (Albacea de Rojas).....	MARIO SOFFICI
Catalina de Enciso.....	MATILDE RIVERA
Juan	ALFONSO TUDELA
Pablo Montemayor.....	PABLO F. DONADIO
Soldado 1º	LUIS ARELLANO
„ 2º	MIGUEL MILEO
„ 3º	ALFREDO BERTOLINO
„ 4º	LUIS CORTINAS
„ 5º	ELIAS PONCE
Canamico (indio amigo)	RICARDO DE ROSAS
El Alférez	ROBERTO SALINAS
Don Felipe Gutierrez (1er. Capitán)..	ENRIQUE DE ROSAS
Don Diego de Rojas (Gobernador y Capitán General de la Conquista)	SANTIAGO GOMEZ COU
Padre Galán	CARLOS BELLUCCI

Decorados según bocetos de ALFREDO GUIDO, realizados por el escenógrafo REIMUNDO.

INDICE

3 9001 01249 4558

INDICE

Pág.

Dedicatoria 5

Prólogo 7

Dramatis Personæ 17

Acto I 19

Acto II 81

Acto III 135

Notas

Advertencia 183

I. La Conquista 185

II. Catalina de Enciso 205

III. Elelín 213

Reparto del Estreno 219

Este libro acabóse de imprimir,
en la "Imprenta López" Perú
662-668 el dia 12 de Junio,
de 1929, Bs. Aires

BARCODE
INSIDE

DEMCO